

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR

EL CUENTO "EL IMPOSTOR"

INVEROSÍMIL TOM CASTRO

DE JORGE LUIS BORGES

AÑO 2 | N° 14 | AGOSTO 2000 | PRECIO \$ 5

Sinceridad

Agresión

Hipocresía

Piadoso

Doble discurso

Vergüenza

Mentiras

ESA COSTUMBRE HUMANA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ISSN 1514-4747



00014



9 771514 474007



Los padres están buscando una hermanita.
Durísimo desafío para la Tarjeta TelecomGlobal.



Tarjeta TelecomGlobal, es la tarjeta pre-paga para hablar por teléfono. Comprate una por el valor que quieras, usala desde cualquier teléfono y tené siempre controlado lo que estás gastando. Si se te acaba, recargala con tu tarjeta de crédito llamando al 0800-555-0112, o sino comprate otra de \$5, \$10, \$20 ó \$50. Elegí llamar. Elegí Telecom.



un mundo próximo

Conseguila en Telecentros, kioscos y Musimundo o con tarjeta de crédito llamando al 0800-555-0112.



Daniel Ulanovsky Sack
Director

EL OTRO LADO

Mentiroso. Pocos dardos me producían el dolor de esa acusación: vivía atravesado por una moral en la que se podían cometer errores en tanto se los reconociera y se los ofrendara a la Diosa Verdad. Ocultar era sinónimo de engañar; y engañar, la antepuerta de la hipocresía. No veía los medios tonos y eso me llevó a desconocer la sutileza, la seducción y, a veces, el amparo de saber callar.

Pero escupir la verdad en la cara de la gente —descubrí luego— puede ser una forma de mentira. Cuando uno se convierte en un cruzado, genera rechazo: no busca establecer una comunicación sino imponer su propia mirada. Descarto, en estos casos, la mentira banal, como la de ese alguien que asegura no haber metido el dedo en la torta pese a haberlo hecho. También la que impide conocerse: si un chico le dice a su padre que sacó un diez en vez de un uno, hay ahí una familia en problemas. Y ni siquiera pierdo tiempo con la ausencia de honestidad social, como la pretensión de hacernos creer que nuestras camas de hierro son de oro. Todas estas parecen mentiras erradas.

Existen otras más sutiles, sin embargo, que ya no resultan condenables. Pienso, por ejemplo, en el momento en que dos personas se conocen y sienten que algo las atrae. Aparece la necesidad de conquistar y difícilmente eso se logra con verdades como "Suelo tener mal aliento en las mañanas" o "Te advierto que ahora no me interesa una relación larga". Es mejor dejarse llevar y construir una nueva realidad donde la mentira en su manera más refinada —el sueño— ayude a pensar los planes en vez de boicotearlos. Hay, también, relaciones sociales emponzoñadas por el exceso. Si a uno no le gusta el trabajo de un compañero, ¿conviene atornillarle la desazón o es preferible un "no es mi estilo, pero..."?

Y más aún. Repasemos la historia argentina. Evita era tan amada por los sectores populares como odiada por algunos grupos de clase media y alta. Aunque su muerte alegrara a alguien —qué absurdo: desaparecía ella, no los problemas que su figura planteaba—, ¿tenía sentido insultar a los dolidos con aquel "Viva el cáncer"? A la vez, en un ámbito más existencial, parece oportuno preguntarse qué son las religiones sino mentiras socialmente consensuadas que le buscan lógica a la sinrazón de la muerte. ¿Vale la pena, de todas formas, recordarlo a cada momento?

Quizás haya malas y buenas mentiras y el concepto de absoluto sea apenas un rasgo ingenuo: las fronteras —decididas a rebelarse frente a la inmovilidad— se han vuelto escurridizas.

DIRECTOR
Daniel Ulanovsky Sack

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO
Juan José Millás
Luis Gruss
Daniel Molina
Silvana Castro
Alejandra Aguado
Federico Quintero

EDITOR FOTOGRÁFICO
Y FOTO DE TAPA
Leo Vaca

FOTOS
Leo Vaca
Juan Millás Sánchez
Marcos López

DISEÑO
Maureen Holboll
Victoria Quintiero

COLABORÓ EN ESTE NÚMERO
Griselda Flesler

ILUSTRACIONES
Daniel Roldán
Mariano Vior

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR

6



24

CORRESPONDENCIA A:
Revista **LATIDO**
Casilla de Correo 144
Sucursal 12 (B)
(1412) Buenos Aires
TEL/FAX 4824-8870
e-mail: latido@giga.com.ar

COMERCIALIZACIÓN PUBLICITARIA:
LATIDO S.A.
TEL/FAX 4824-8870

DISTRIBUCIÓN EN CAPITAL FEDERAL
Vaccaro, Sánchez y Cía S.A.
Moreno 794, piso 9,
Buenos Aires. Tel. 4342-4031

DISTRIBUCIÓN EN EL INTERIOR
Distribuidora Interplazas S.A.
Luis Sáenz Peña 1836,
Buenos Aires. Tel. 4305-3160

FOTOCROMÍA
Quebecor Antártica S.A.
Maipú 939, Bs. As.

IMPRESIÓN
Antártica Quebecor S.A.
Printed in Chile

Registro de la Propiedad
Intelectual 999536.
Prohibida la reproducción total
o parcial de los contenidos.

"**LATIDO**. Una revista para
sentir. Y pensar" es una publica-
ción propiedad de **LATIDO S.A.**,
Medrano 1940, piso 7 (1425)
Buenos Aires. Tel. 4824-8870.
Editor responsable:
Daniel Ulanovsky Sack.
ISSN 1514-4747

FALSO, PERO VERDADERO

Vaya paradoja: el mundo de la fantasía permite contar la realidad mejor que una crónica objetiva.

El escritor español Juan José Millás sostiene esta teoría y explica por qué es bueno atreverse a imaginar. Entre los casos que relata, algunos rozan la ficción, como las personas vivas que están muertas, los pájaros irreales que cantan, los hijos con dos padres idénticos o la gente a la que le duele una pierna que ya no tiene. En breve, una lectura que alienta la duda y que juega con una idea central: donde hay vida, hay gato encerrado.

Página 6

ALGUIEN LO HA DICHO

Silvio Rodríguez, Antonio Machado y César Vallejo, entre otros ebanistas de la palabra, reflejan el asombro ante el abuso de las máscaras, de la clausura, del ocultamiento.

Página 22

MENTIRAS EN FAMILIA

Padres que prefieren no ver o que optan por una relación cementada en la trampa. Hijos que logran escarbar y descubrir capas geológicas de falsedades. A veces —reconozcámoslo— estos silencios paternos obedecen a una primera buena intención, aunque también a algo de cobardía. Otras, en cambio, se trata de confabulaciones que esconden delitos aberrantes, como la negación de la identidad o el abuso sexual. Son casos —asegura Luis Gruss— en los que además se culpa a los chicos que se atreven a romper el pacto de encubrimiento.

Página 24



DIGRESIONES

La cultura siempre se tentó con los disfraces: decir e imaginar situaciones artificiales para analizar las reacciones de la gente. Desde esta óptica, el anuncio de una invasión extraterrestre o un simple juego de cartas como el truco aparecen analizados por la periodista Alejandra Aguado.

Página 38

HOY UN JURAMENTO, MAÑANA UNA TRAICIÓN

La verdad no existe, cambia según la época. Aquello aceptado como cierto pasa a ser considerado, con el tiempo, como una aberración del desconocimiento. Sucede en la medicina, en la economía y —claro— en el periodismo. Daniel Molina se interroga sobre la manera de descubrir que una mentira es tal y sostiene que la búsqueda de la certeza tiene sus raíces en la soledad del hombre. Para sobrevivir en un mundo hostil desarrollamos una casi infinita capacidad de ilusión: el universo resulta demasiado caótico si no se lo maquilla con interpretaciones.

Página 42

CARRUSEL

Consumimos magia y a veces ni siquiera intuimos qué hay de real en lo que compramos, escuchamos o comemos.

Federico Quintero decidió develar varios intrínquilis de la vida cotidiana.

Página 54

CORREO

Los lectores comparten sus ideas.

Página 56



EL CUENTO

*"El impostor inverosímil Tom Castro",
de Jorge Luis Borges*

Página 58

Por **Juan José Millás** Escritor español. Entre sus libros figuran "El orden alfabético", "La soledad era esto", "No mires debajo de la cama" y "Cuerpo y prótesis".



FALSO

FALSO,



NO SÉ SI CREERTE

PERO VERDADERO

Contemplé a la chica como si estuviera

Hace años vivía en un pequeño apartamento de Madrid, completamente entregado a la escritura de una novela que luego llevaría por título *El desorden de tu nombre*, cuando un día llamaron a la puerta y resultó ser una chica que hacía encuestas sobre hábitos de consumo.

—Van a poner un hiper en la zona y estamos haciendo una encuesta sobre hábitos de consumo —dijo—. ¿Le importaría que le hiciera unas preguntas?

Le dije que no, que no me importaría, ya que estaba buscando en ese instante una coartada para dejar de escribir, y la invité a pasar sin disimular mi gratitud. A los cinco minutos, sin embargo, pensé que habría sido mejor continuar escribiendo al advertir con horror que cada uno de los actos de mi vida, por insignificante que fuera, estaba traducido en aquel cuestionario como un "hábito de consumo". Yo gastaba, por ejemplo, bastante dinero en libros y discos, aunque nunca se me había ocurrido pensar que aquello fuera un hábito de consumo.

Pero lo era. Para la cabeza de la que habían salido aquellas preguntas todo lo que no era hábito de consumo no existía, así que cuando la chica preguntaba si dormías con la luz encendida no quería saber si eras miedoso, sino cuántos vatios tenías el hábito de consumir al mes. Y cuando preguntaba si estabas casado, lo que le interesaba en realidad era averiguar si tenías el hábito de consumir esposa. Resultaba imposible consumir esposa en un apartamento tan pequeño, pero ella lo preguntaba de todos modos. Y pre-

guntaba si tenías el hábito de consumir hijos y si preferías adquirirlos en tiendas pequeñas o grandes superficies.

Cuando llegamos al apartado de los hábitos de consumo de animales domésticos, logré colar una mentira: dije que había adquirido de pequeño el hábito de consumir canarios y que tenía uno en la habitación de al lado, dentro de una jaula. Aquella mentira tan ingenua me liberó del pánico anterior. El cuestionario no había podido conmigo.

Lo curioso es que esa noche estaba leyendo una novela en la cama cuando oí cantar al canario inexistente en el salón. Más aún: a partir de ese día, el pájaro irreal se convirtió en lo más real de mi existencia. Mientras las cosas verdaderas adquirían un tono febril, quimérico, el pájaro de mentira se hacía más y más palpable, quizá porque era también lo único de cuanto me rodeaba que había logrado escapar a las leyes del mercado. Intuí que la realidad estaba al otro lado del consumo, pero no logré dar, para alcanzarla, con otra grieta tan eficaz como la del canario.

Finalmente, como se trataba de un animal un poco molesto, pues se ponía a cantar cuando yo me ponía a escribir (para competir conmigo, sin duda), lo devolví a la irre realidad de la que procedía introduciéndolo en esa novela, *El desorden de tu nombre*, donde el protagonista lo asfixia en las últimas páginas.

¿Fue falso aquel canario? No, fue verdadero, aunque en su origen hubiera una mentira. De esto se trata, de saber si las mentiras son verdaderas o

no, incluso a su pesar.

De pequeño vivía en una calle por la que pasaba el tranvía. Era lo único que pasaba por ella, de modo que nosotros, los niños, adquirimos el hábito de consumir las tardes viendo el tranvía desde la terraza. Un día me retiré al interior de la vivienda, para ir al baño, me imagino, y al regresar observé que había en la calle un grupo inusual de personas.

—Te lo has perdido —dijo mi hermano.

—El qué.

—Un tranvía ha atropellado a la hija del frutero y la ha matado.

"Para una cosa que pasa"..., pensé yo, e hice cálculos de cuántos años tendrían que transcurrir para que, por mero cálculo de probabilidades, volviera a suceder otra desgracia de ese calibre. Me salieron 20, creo. Lo malo es que no era improbable que la desgracia me sucediera a mí y volviera a perdermela.

El caso es que al día siguiente mi madre me mandó a comprar unas naranjas a la frutería. Cuando llegué, vi a la hija del frutero en la caja del establecimiento, como siempre. Comprendí enseguida que mi hermano me había mentado, y pese a ello no pude dejar de contemplar a la chica como si estuviera muerta. Recuerdo haber cogido el cambio que me entregó con asco, como si aquellas monedas que pasaban de su mano a la mía procedieran del país de los muertos. Es una muerta, me decía cada vez que nos cruzábamos en la calle. Y en efecto, años más tarde se casó con un muerto de hambre y tuvo

unos cadáveres pequeños a los que yo veía ir y venir del colegio cada vez que pasaba una temporada con mis padres.

Mi hermano me había mentido, desde luego. Sin embargo, aquella muerta era real, todavía lo es. He visto ya muchos difuntos en mi vida y los distingo perfectamente de los vivos. Sé de lo que hablo.

Obsesionado con estas curiosas relaciones entre la verdad y la mentira, decidí escribir una novela (*El orden alfabético*) donde la ficción y la realidad se articularan con una eficacia semejante a la que veíamos en la existencia diaria. Recordé entonces que había tenido un compañero de colegio cuyo padre era el ferretero del barrio. Ser ferretero estaba bien, pero a mi amigo debía parecerle poca cosa, por lo que un día nos reunió a los más íntimos y nos confesó que la ferretería era en realidad una tapadera que ocultaba la verdadera actividad de su padre, que era agente de la Interpol. Nos quedamos sobrecogidos, claro, y aunque durante algún tiempo nos preguntáramos cuándo interpolaba aquel hombre, pues lo cierto es que se pasaba el día en la ferretería, ya nunca volvimos a mirarle del mismo modo.

Cuando decidí escribir esta novela que digo, *El orden alfabético*, localicé al hijo del ferretero y le invité a comer. Hacía muchos años que no nos veíamos y gastamos los primeros minutos en inspeccionarnos mutuamente. Se había transformado en un hombre sin pelo, aunque con barba, pero no había perdido completamente la jovialidad. Me llamó la atención un tic de su man-

MÁS DE CIENT MENTIRAS. DE JOAQUÍN SARINA. EN "ESTA BOCA ES MÍA"

Tenemos memoria, tenemos amigos, tenemos los trenes, la risa, los bares, tenemos la duda y la fe, sumo y sigo, tenemos moteles, garitos, altares.

Tenemos urgencias, amores que matan, tenemos silencio, tabaco, razones, tenemos Venecia, tenemos Manhattan, tenemos cenizas de revoluciones.

Tenemos zapatos, orgullo, presente, tenemos costumbres, pudores, jadeos, tenemos la boca, la lengua, los dientes, saliva, cinismo, locura, deseo.

Tenemos el sexo y el rock y la droga, los pies en el barro, y el grito en el cielo, tenemos Quintero, León y Quiroga, y un "bisnes" pendiente con Pedro Botero.

Más de cien palabras, más de cien motivos para no cortarse de un tajo las venas, más de cien pupilas donde vernos vivos, más de cien mentiras que valen la pena.

Tenemos un as escondido en la manga, tenemos nostalgia, piedad, insolencia, monjas de Fellini, curas de Berlanga, veneno, resaca, perfume, violencia.

Tenemos un techo con libros y besos, tenemos el morbo, los celos, la sangre, tenemos la niebla metida en los huesos, tenemos el lujo de no tener hambre.

Tenemos talones de Aquiles sin fondos, ropa de domingo, ninguna bandera, nubes de verano, guerras de Macondo, setas en noviembre, fiebre en primavera.

Glorietas, revistas, zaguanes, pistolas, "qué importa", "lo siento", "hasta siempre", "te quiero", hinchas del Atleti, gangsters de Coppola, Verónica y cuarto de Curro Romero.

Más de cien palabras, más de cien motivos para no cortarse de un tajo las venas, más de cien pupilas donde vernos vivos, más de cien mentiras que valen la pena.

Tenemos el mal de la melancolía, la sed y la rabia, el ruido y las nueces, tenemos el agua y, dos veces al día, el santo milagro del pan y los peces.

Tenemos Lolitas, tenemos donjuanes; Lennon y McCartney, Gardel y Le Pera; tenemos horóscopos, Biblias y Coranes, ramblas en la luna, vírgenes de cera.

Tenemos naufragios soñados en playas de islotes sin nombre ni ley ni rutina, tenemos heridas, tenemos medallas, laureles de gloria, coronas de espinas.

Más de cien palabras, más de cien motivos para no cortarse de un tajo las venas, más de cien pupilas donde vernos vivos, más de cien mentiras que valen la pena.

Tenemos caprichos, muñecas hinchables, ángeles caídos, barquitos de vela, pobres exquisitos, ricos miserables, ratoncitos Pérez, dolores de muelas.

Tenemos proyectos que se marchitaron, crímenes perfectos que no cometimos, retratos de novias que nos olvidaron y un alma en oferta que nunca vendimos.

Tenemos poetas, colgados, canallas, Quijotes y Sanchos, Babel y Sodoma, abuelos que siempre ganaban batallas, caminos que nunca llevaban a Roma.

Más de cien palabras, más de cien motivos para no cortarse de un tajo las venas, más de cien pupilas donde vernos vivos, más de cien mentiras que valen la pena.



mi amigo ha tenido uno de

díbula inferior, un tic que entonces no tenía, consistente en adelantar y retrasar la quijada como para encajarla en un lugar del que enseguida se volvía a salir. No le pregunté cómo me veía él a mí (que también había adquirido un curioso tic en el párpado izquierdo), porque lo que me interesaba era saber qué había sido del agente de la Interpol. Le recordé, pues, la historia, con la que nos reímos un buen rato, y después de unas copas mi amigo se puso serio y dijo:

—Sabes, yo he tenido dos padres, en efecto, uno de verdad y otro de mentira. Lo curioso es que el más influyente ha sido el de mentira. El ferretero jamás se ocupó de mí. Se pasaba la vida en la tienda vendiendo tuercas o rellenando albaranes. Mientras tanto, el agente de la Interpol, pese a ser completamente inexistente, me daba los mejores consejos. A él le debo no haberme convertido en un delincuente.

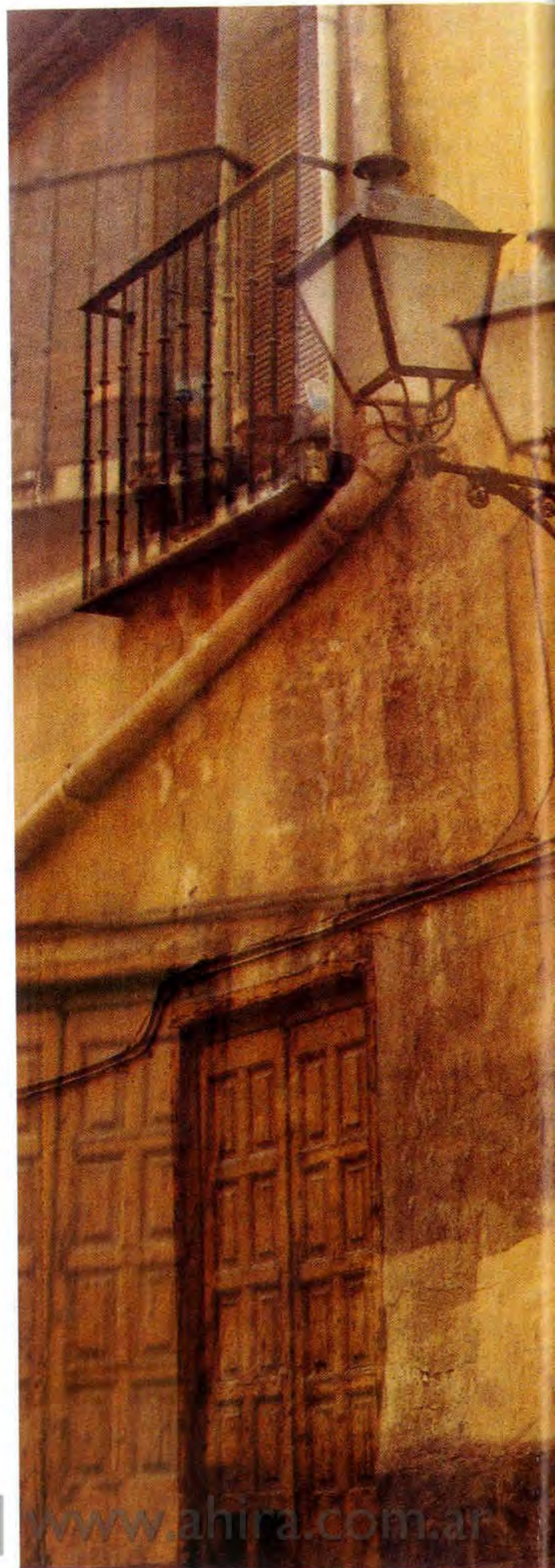
A medida que mi amigo reflexionaba en voz alta sobre su padre irreal, que paradójicamente era el real, yo iba convenciéndome más y más de que en el momento mismo en el que mentimos ponemos en marcha algo verdadero. A veces, verdadero y terrible a la vez.

Todavía más: un día viajaba en coche hacia el norte de España cuando vi salir de una curva, frente a mí, un automóvil que viajaba a gran velocidad. De inmediato se puso a funcionar la cámara lenta característica de las situaciones límite y en décimas de segundo repasé todas las posibilidades. El coche que venía a mi encuentro no se podía

echar a un lado porque se lo impedía un camión de gran tonelaje. Yo, por mi parte, no podía girar a la derecha porque había un precipicio. Acepté con una suerte de extrañeza que aquel era mi fin. Pero dado que el tiempo se estiraba y se estiraba, como sucede en la cámara lenta, vi de súbito un hueco en el que me metí y no sucedió nada.

No sucedió nada, excepto que a partir de ese día sufrí una especie de desdoblamiento. Había un yo (por fortuna el yo que parecía más real) que se había salvado. Pero había otro yo que había perecido en el accidente. Los dos vivían en dimensiones distintas, aunque contiguas, desde las que se intercambiaban herramientas y gestos. No volví a ser el mismo desde que me sucediera aquella muerte irreal, pero tan cierta.

Comprendí entonces que durante toda mi vida no había hecho otra cosa que escribir sobre lo verdadero y lo falso, sobre la verdad y la mentira, tratando de encontrar la frontera entre una y otra. En el año 95 publiqué, por ejemplo, una novela titulada *Tonto, muerto, bastardo e invisible*, en la que un hombre maduro, un ejecutivo de éxito, cae en una crisis personal desde la que reelabora su vida. Recuerda entonces que siendo muy pequeño, en el colegio, descubrió que era tonto. Como a nadie le gusta ser tonto, decidió disimular y copiando los comportamientos de los listos logró engañar a todo el mundo, incluso a sí mismo. Descubrió que para parecer listo lo importante era sacar buenas notas y las sacó. Hizo el bachillerato sin proble-



dos padres, verdad y otro de mentira



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PSICOANÁLISIS 2000

el presente del psicoanálisis con futuro

Zona Glob@l

New York / J. Whitebook

París / Zoe Castoriadis

Madrid / A. Savater

Bs As / A. Rosemberg

Roma / S. Benvenuto

Interpretación / Creación psicoanálisis, filosofía, literatura

D. Anzieu, J. Mc Dougall, M. Alizade,
B. Winograd, J. Ahumada, S. Visacovsky,
E. Frizman, J. Epstein, G. Steiner

SUPLEMENTO PULSION Escritura y Experiencia

Octavio Paz, Beatriz Sarlo,
Eliseo Verón, Aníbal Ford

encontrar la frontera

mas. Estudió una carrera universitaria, se casó con una mujer normal, consiguió un buen trabajo... Tan eficaz había sido el disimulo que él mismo llegó a olvidar que era completamente tonto.

Al recordar aquel episodio de infancia, sin embargo, advierte que el tonto continuó viviendo en otra dimensión paralela a la del listo desde la que ahora viene a pedirle cuentas por aquel abandono. El tonto y el listo, el real y el irreal, el verdadero y el falso, han de sentarse y negociar. La vida es una negociación permanente entre la verdad y la mentira. Pero no siempre es posible saber de qué lado de la mesa se sienta una y de qué lado la otra.

Curiosamente, esta percepción tan literaria de la vida está corroborada también por la ciencia. Hace poco, leyendo a un físico llamado Schrödinger (leo mucha física porque me gustan las cosas que no entiendo) di con una historia llamada la Paradoja del Gato. Dice Schrödinger que si encerramos un gato en un cajón provisto de un mecanismo letal que tenga el 50% de posibilidades de activarse o no, al cabo de una hora no tendremos un gato vivo o un gato muerto, como dictaría la lógica convencional, sino un gato vivo y otro muerto que habitarán en diferentes dimensiones. En otras palabras, si el mecanismo se activa en la realidad, dejará de activarse en la irrealidad, y viceversa. En cualquier caso, a partir de ese instante el animal se desdoblará en dos (¿uno verdadero y otro falso?), que iniciarán trayectorias diferentes. Cada vez que decidimos girar a la iz-

quierda, en fin, un yo irreal se separa de nosotros y toma el camino de la derecha. Pasado un tiempo, cuando ambos yoes se cruzan en una calle, no es fácil distinguir al verdadero del falso, sobre todo si ese encuentro se produce en el extranjero o en circunstancias emocionales complicadas. ¿No le ha pasado a usted nunca? ¿No se ha cruzado jamás en una ciudad desconocida con un individuo que podría ser una versión de usted?

Unas preguntas: si yo decidiera escribir mi autobiografía, ¿tendría la obligación de contar lo del canario?; ¿debería incorporar la historia de la hija del frutero?; ¿estaría obligado a dedicar un capítulo al agente de la Interpol? El canario, la cajera difunta y el agente de la Interpol eran falsos, desde luego; sin embargo no podrían estar ausentes de una autobiografía verdadera, ya que habían sido más importantes que las personas o los animales de verdad. Para mí, y para la mayoría de la gente que conozco, han sido más determinantes las cosas que no han sucedido que las que sí. No podría dejar de contarlas, pues, en una autobiografía con pretensiones de honestidad.

Sin embargo, jamás se me ocurriría incluir estas historias en un currículum adjunto a una solicitud de trabajo, ya que el currículum es el territorio de la mentira en el peor sentido de la palabra mentira. En el currículum hay que mentir para obtener objetivos meramente cuantitativos y de corto alcance. La diferencia entre la mentira del currículum y la de la biografía es que la

separa
la de-
lo am-
no es
falso,
roduce
tancias
le ha
a cru-
nocida
er una

era es-
ría la
ario?;
de la
gado a
la In-
unta y
falsos,
odrían
ografía
ás im-
s ani-
para la
o, han
as que
sí. No
es, en
nes de

urriría
rrícu-
abajo,
rio de
la pa-
m hay
os me-
alcan-
ra del
que la



"Yo viajo para hacer negocios.

Así que si la tarifa

ES BUENA,
estoy empezando bien".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



LAPA

TENER
las mejores
tarifas

nos acerca.

de la biografía es verdadera y la del currículum falsa. En la biografía se miente para contar la verdad, mientras que en el currículum se dice la verdad para mentir.

Es conocido en España el caso de un alcalde de Madrid y catedrático de universidad ya muerto, Tierno Galván, que se construyó una biografía imaginaria de la que a nadie se le ocurrió dudar porque quizá revelaba una verdad más profunda que la biografía verdadera. A poco de fallecer, un discípulo suyo que buscaba una fama rápida publicó la verdadera vida del profesor. Dado que había sido un hombre muy conocido, pensó seguramente que el desvelamiento de todas las mentiras que nos había contado constituiría un acontecimiento editorial. Quizá calculó que se haría millonario con aquel libro que, por el contrario, fue un desastre económico. No vendió nada, en fin, porque lo que el discípulo mezquino había publicado no era una biografía, sino un currículum.

Aquí está la diferencia. Un currículum sólo puede interesarle a un jefe de personal. Al lector común le interesa la biografía y la biografía ya la teníamos. Las biografías falsas están al servicio de la verdad, mientras que los currículum verdaderos están al servicio de la mentira. Hay, pues, una dimensión mezquina de la mentira: aquella en la que no tiene otro objeto que conseguir algo pequeño de manera rápida. Es el tipo de mentira que utilizan los políticos en las campañas electorales, incluso fuera de ellas. Si hay pocas cosas menos interesantes que una en-



un alcalde de Madrid una biografía

trevista con un político es porque, salvo excepciones, no dice una sola mentira al servicio de algo noble, ni una sola verdad que no resulte obvia.

A veces he comprendido estas curiosas relaciones que se dan entre lo falso verdadero y lo verdadero falso observando las pinturas espantosas que venden en las tiendas de muebles y que tienen precisamente el atractivo del horror. Por eso no puede uno dejar de mirarlas. Me horrorizan especialmente esos cuadros en los que aparece un

caballo trotando por la orilla del mar. Si uno se fija bien en el animal, advierte que la crin es una crin perfecta, y que el belfo es un belfo perfecto, y que la espuma del mar es una espuma perfecta... Sin embargo el conjunto es un desastre porque lo único que vemos es un caballo.

Compárense esas pinturas realistas con las de un gran pintor, también figurativo, como Antonio López. Cuando Antonio López pinta un cuarto de baño, lo que menos importa es que sea



dre construyó afnaginaria

l mar.
l, ad-
rfecta,
cto, y
puma
nto es
vemos

alistas
én fi-
Cuan-
cto de
ue sea

un cuarto de baño. Uno pasea asombrado los ojos por el lavabo hiperreal y advierte enseguida que se trata de un falso lavabo. Ese lavabo es una mentira porque está al servicio de una metáfora que va mucho más allá de la mera reproducción de un cuarto de baño. El caballo de la tienda de muebles, en cambio, no tiene ninguna posibilidad de trascenderse. Las dos pinturas mienten en la medida en que no son la cosa, sino una representación de la cosa que se ve en el lienzo. Pero la pintu-

POSTAL DE NAVIDAD DE UNA PROSTITUTA EN MINNEÁPOLIS

Estoy embarazada y vivo en la calle 9, Charlie
Vivo encima de una sucia librería detrás de Euclid Avenue
Dejé las drogas y ya no bebo whisky
Mi marido toca el trombón y trabaja en el ferrocarril

Dice que querrá al bebé aunque no sea suyo
Dice que lo educará y lo cuidará
Me regaló un anillo que usaba su madre
Y me lleva a bailar todos los sábados por la noche

Oye, Charlie, cada vez que paso por la estación de servicio
Me acuerdo de vos por la grasa que había en tu pelo
Aún conservo aquel disco de Little Anthony & The Imperials
Pero me robaron el equipo, ¿no te parece injusto?

Charlie, casi me volví loca cuando detuvieron a Mario
Volví a Omaha para vivir con mis viejos
Todos los que conocía están muertos o en la cárcel
Así que volví a Minneapolis donde creo que me quedaré
Charlie, creo que soy feliz por primera vez desde el accidente
Me gustaría tener todo el dinero que gastabas en drogas
Me compraría un negocio de autos usados pero no vendería ninguno
Manejaría uno distinto cada día según sea mi estado de ánimo

Oye Charlie, por amor de Dios, ¿quieres saber la verdad?
No tengo marido, no toca el trombón
Necesito plata para pagar el abogado
Estaré libre bajo fianza
Vení a verme, si podés, el Día de los Enamorados

TOM WAITS

(músico estadounidense: la canción pertenece al disco "Blue Valentine")

Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MENTIRA

Mentira lo que dice
Mentira lo que da
Mentira lo que hace
Mentira lo que va
Mentira la mentira,
Mentira la verdad,
Mentira lo que cuece
bajo la oscuridad
Mentira el amor
Mentira el sabor
Mentira la que manda
Mentira comanda
Mentira la tristeza
Cuando empieza
Mentira no se va

Mentira no se borra
Mentira no se olvida
Mentira la mentira
Mentira cuando llega
Mentira nunca se va
Mentira la mentira
Mentira la verdad

Todo es mentira en este mundo
Todo es mentira la verdad
Todo es mentira yo me digo
Todo es mentira ¿por qué será?

DE MANU CHAO
EN "CLANDESTINO"

éramos adoptados

ra de la tienda de muebles miente para no decir nada, mientras que la de Antonio López es una mentira al servicio del significado.

La VIDA, con letras mayúsculas si ustedes quieren, está construida sobre la mentira. Hay un trabajo muy interesante de Freud, *La novela familiar del neurótico*, en el que el fundador del psicoanálisis cuenta que la mayoría de los seres humanos hemos pensado en algún momento de nuestra infancia que nuestros padres no eran nuestros padres, sino que éramos adoptados. Curiosamente, Freud pensó al principio que esta fantasía era característica de los neuróticos (de ahí el título del ensayo), aunque enseguida llegó a la conclusión de que lo raro era no tenerla. Casi todos hemos pensado, pues, que en realidad éramos hijos de unos príncipes suecos que tarde o temprano vendrían a rescatarnos de la menesterosa condición en la que habíamos caído. También hay gente, aunque poca, convencida de que sus padres son sus padres. Allá ellos: enseguida veremos que esa convicción, tan correcta desde el punto de vista político, no está al servicio de la verdad.

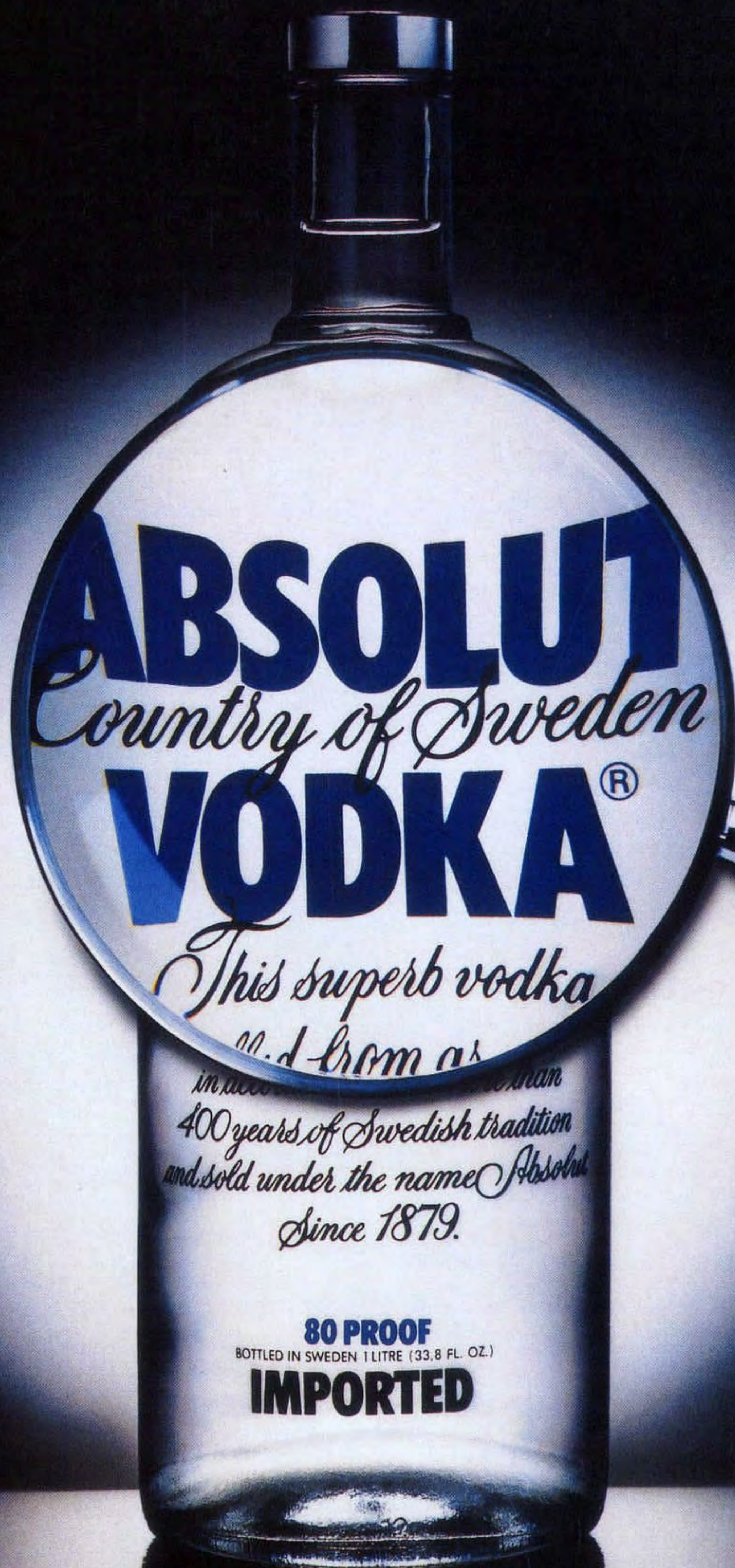
Hay precisamente una autora francesa, Marthe Robert, que apoyándose en las teorías de Freud afirma que no existen, básicamente, más que dos tipos de novela: la del bastardo (el que cree que sus padres no son sus padres) y la del legítimo (el que está convencido de que sí). Es normal, desde luego, que dos percepciones tan diferentes de la realidad den lugar a literaturas distintas. Lo curioso es que la única lite-

ratura interesante, por no decir la única literatura posible, es la del bastardo. ¿Por qué? Porque el bastardo pone en cuestión la realidad y en esta operación anuncia también la posibilidad de modificarla. ¿Acaso no es eso lo que le pedimos a la literatura para que sea una literatura verdadera? En otras palabras: la novela que miente (la del bastardo) está al servicio de la verdad, mientras que la novela que dice la verdad (la del legítimo) no tiene otro objetivo que perpetuar la mentira.

Si a esto añadimos que los orígenes más remotos de nuestra cultura coinciden con la aparición del relato oral, del cuento llamado popular, no tendremos más remedio que admitir que tanto en el plano individual como en el colectivo somos hijos del cuento. Somos hijos, en fin, de una mentira cuyo objetivo es descubrir la verdad. Tierno Galván, el político al que me he referido antes, no se inventó una biografía para acceder a un puesto de trabajo ni para ganar unas elecciones, sino para comprender la existencia. La existencia no se comprende sino a través de la mentira.

Hay un cuento de Andersen, *El rey desnudo* (o *El traje nuevo del emperador*, depende de la traducción), cuyo éxito no deja de sorprenderme cada vez que lo leo. Cuenta una historia increíble: que todo un pueblo ve vestido a un señor que va desnudo. ¿Cómo es posible que una peripecia en principio tan disparatada venga transmitiéndose de generación en generación con tanta fortuna? ¿Cuál es su secreto?

Su secreto es que eso que narra es



ABSOLUT CLARITY.

ABSOLUT COUNTRY OF SWEDEN & LOGO, ABSOLUT, ABSOLUT BOTTLE DESIGN AND ABSOLUT CALLIGRAPHY ARE TRADEMARKS OWNED BY V&S VIN & SPRIT AB. © 1995 V&S VIN & SPRIT.

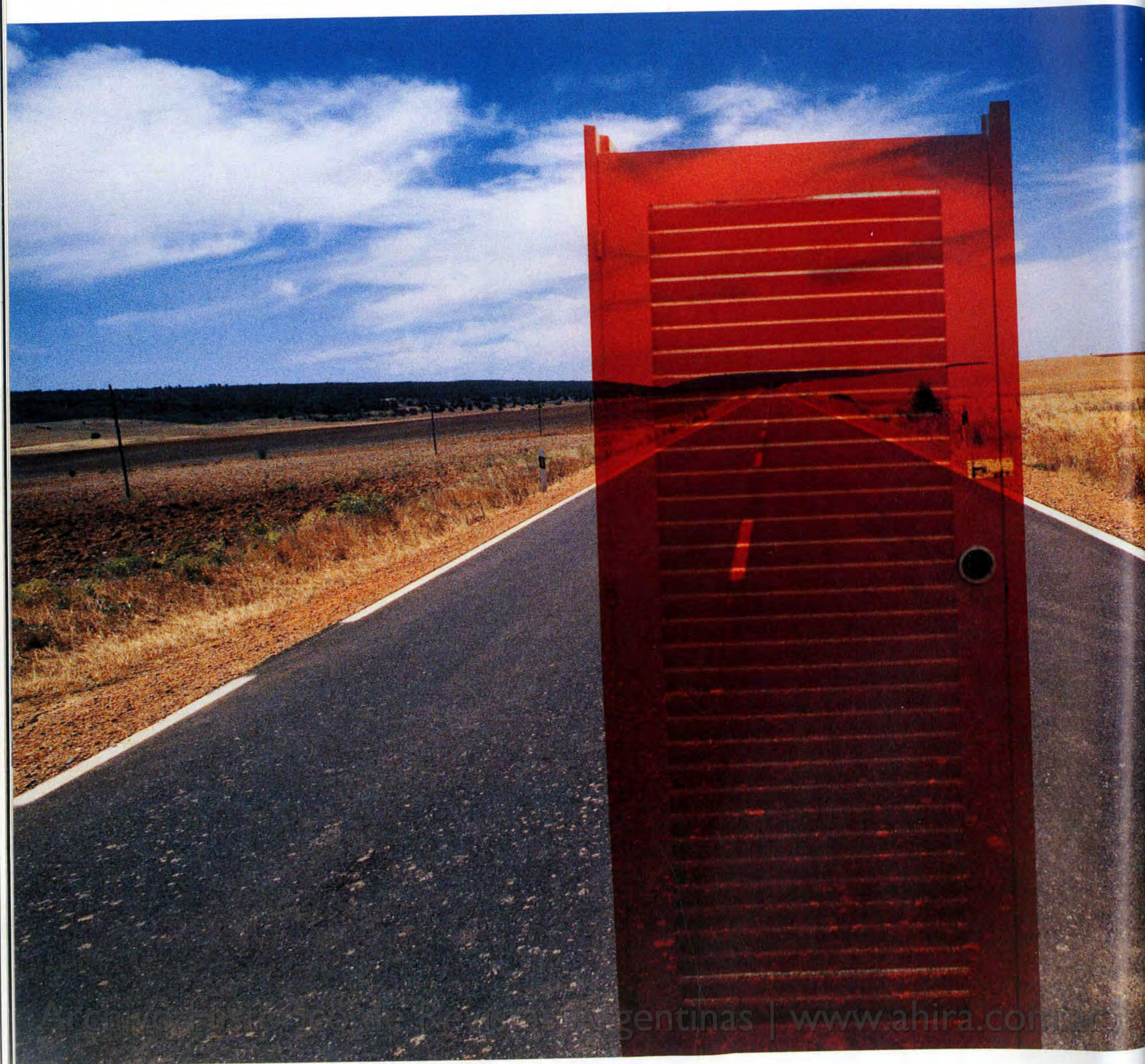
BEBER CON MODERACIÓN. PROHIBIDA SU VENTA A MENORES DE 18 AÑOS.

ecir la
el bas-
stardo
en esta
osibi-
es eso
a para
a? En
nte (la
a ver-
dice la
e otro
ra.
ígenes
coin-
o oral,
o ten-
ir que
no en
uento.
entira
erdad.
ue me
ó una
sto de
iones,
ia. La
a tra-

El rey
r, de-
ito no
que lo
e: que
señor
le que
dispa-
gene-
ortu-
rra es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

un programa repugnante se en el más visto



se legitima si se convierte



lo que nos sucede a cada uno de nosotros cada día desde que nos levantamos hasta que nos acostamos. En el cuento de Andersen todos ven al rey vestido porque eso es lo que esperan ver. La realidad es una construcción. La realidad, decía Castaneda, es la descripción que hacemos de la realidad. En aquel pueblo todo el mundo veía al rey vestido porque eso es lo que había dicho el ministerio del Interior (o el ministerio dedicado a producir realidad) que tenían que ver. Curiosamente, el único que ve al rey tal y como va, desnudo, es un niño, es decir, alguien que todavía no está "culturizado" (en el mal sentido de la palabra) y que por lo tanto no ve lo que le han dicho que tiene que ver.

Desde la lógica dominante de aquel reino el niño miente, puesto que también la verdad y la mentira son, como nos vienen enseñando los productores de televisión, una cuestión de audiencia. Y sin embargo, es el niño el único que dice la verdad. Dice la verdad al mentir. Y nosotros lo entendemos primero porque no vivimos en aquel pueblo y, segundo, porque se nos explica a través de un relato, a través de un cuento, que es una mentira. Comprendemos la verdad de ese pueblo gracias a la mentira de Andersen. Más aún: la mentira de Andersen tiene tal carga metafórica que gracias a ella nos hacemos cargo de vivir en un mundo en el que alguien nos dice cada día lo que tenemos que ver. Este es, precisamente, el gran reproche que se hace a los antropólogos cuando acuden a estudiar una tribu previamente estudia-

da en los manuales de su universidad: que no ven sino lo que han estudiado, contribuyendo de este modo a perpetuar una mentira mala, una mentira que no produce nada porque está al servicio del "consumo" inmediato.

Curiosamente, después de dar tantas vueltas al problema de la verdad y la mentira hemos regresado al "consumo", a los "hábitos de consumo" con los que comenzaba este artículo. Cuando una sociedad adquiere el hábito de consumir masivamente una mentira, esta mentira se convierte en una verdad oficial. Usted y yo vivimos atrapados en el interior de una red de verdades oficiales que no nos ayudan a ser mejores. Al contrario: el mundo es un estercolero precisamente porque está construido con el mismo tejido con el que el emperador de Andersen se hizo aquel vestido falso. Vivimos en un mundo de mentiras que se convierten en verdad cuando alcanzan la audiencia que los anunciantes consideran adecuada. El programa más repugnante de la televisión se legitima si consigue convertirse también en el más visto. Entonces, deja de ser una basura para convertirse en un "experimento antropológico", un "acontecimiento sociológico" y cosas semejantes. Ahí aparece de nuevo la dimensión perversa de la mentira. El problema es que en tales casos no basta con que alguien diga que el rey va desnudo. Al contrario: al que dice eso lo psiquiatrizan, lo aíslan, lo destruyen. Creo que son los lingüistas quienes afirman que no hay nada más peligroso que una verdad fuera de contexto (peligroso, se

PURO TEATRO

Igual que en un escenario
finges tu dolor barato.
El drama no es necesario,
ya conozco ese teatro.

Mintiendo,
qué bien te queda el papel,
después de todo parece
que esa es tu forma de ser.

Yo confiaba ciegamente
en la fiebre de tus besos.
Mentiste serenamente
y el telón cayó por eso.

Teatro,
lo tuyo es puro teatro,
falsedad bien ensayada,
estudiado simulacro.

Fue tu mejor actuación
destrozar mi corazón.
Y hoy que me lloras de veras,
recuerdo tu simulacro,
perdona que no te crea,
me parece que es teatro.

Y acuérdate que según
tu punto de vista yo soy la mala, ¡ay!

Teatro,
lo tuyo es puro teatro,
falsedad bien ensayada,
estudiado simulacro.

Fue tu mejor actuación
destrozar mi corazón.
Y hoy que me lloras de veras,
recuerdo tu simulacro,
perdona que no te crea,
me parece que es teatro.

Perdona que no te crea,
lo tuyo es puro teatro.

DE LA LUPE
EN "LAS CANCIONES DE ALMODÓVAR"

nadie ve desnudo al rey

entiende, para el que la proclama). Es cierto: no tengan ustedes la menor duda de que el niño del cuento de Andersen, si el relato hubiera sido más largo, habría sido sometido a un tratamiento disciplinario hasta que viera lo que veían todos los demás.

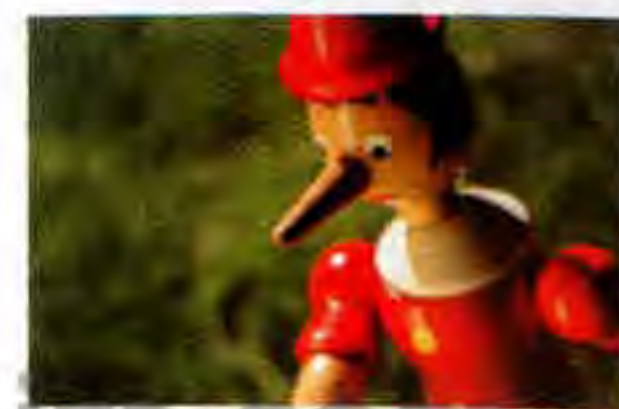
Quiero decir que normalmente hablamos de la mentira como de un producto excepcional que crece en el territorio de la verdad. Y no es cierto: la realidad dominante es la mentira. Lo raro es la aparición espontánea de la verdad, que florece aquí o allá de manera azarosa, obligándonos a estar muy atentos si queremos reconocerla, pues nos educan para lo contrario.

Lo curioso es que la mentira no se combate eficazmente con la verdad, como podría pensar un temperamento ingenuo, sino con más mentiras. Eso es lo que hace la literatura: mentir para revelar la verdad. Normalmente, pensamos que el escritor crea desde la realidad productos imaginarios. Personalmente creo que la situación es justamente la contraria: el escritor trabaja desde esta irrealidad en la que todos vemos vestidos a los personajes que van desnudos, para buscar la grieta que nos asome a la realidad. Yo llamo literatura a esa grieta. La literatura nos extraña de la realidad permitiéndonos verla como es y por lo tanto modificarla.

Una cosa más: también el cuerpo miente. Oliver Sacks, entre otros, ha estudiado el caso de aquellos miembros que continúan doliendo después de haber sido amputados. Para muchos enfermos, esos miembros llama-

dos fantasmas, por inexistentes, tienen un grado de realidad (de realidad dolorosa, por desgracia) mucho más alto que los miembros verdaderos. Hace poco escribí una novela (*No mires debajo de la cama*) en la que un personaje tiene una pierna fantasma (por tanto, de mentira) con todos los síntomas de una arteriopatía diabética, que no sé qué es, pero suena bien y contribuye a darle verosimilitud al relato. Tuve que documentarme, pues, acerca de los tratamientos que algunos médicos han de aplicar a estos órganos irreales para que dejen de hacer daño. Leyendo a Oliver Sacks, que además de un excelente neurólogo es un buen escritor, uno se pregunta una vez más dónde se encuentra la frontera que separa lo cierto de lo falso, la verdad de la mentira, incluso en ese nivel orgánico, tan evidente. No es nada fácil dar con ella.

Tendremos que conformarnos, pues, por el momento, con habernos acercado a la línea que separa el currículum de la biografía; la mentira mezquina de la noble; el arte del mero producto comercial. No es poco, aunque quizá resulte insuficiente para saber si uno es el que sobrevivió al accidente de automóvil o el que pereció en él. Somos dos porque no sabemos quiénes somos ■





Para ser grandes hay que estar
en el lugar que sea necesario.



Como Miguel Galuccio, que es Ingeniero en Petróleo en una plataforma de extracción en el Atlántico Norte. Y como Raúl, Patricia, Daniel y muchos otros argentinos que trabajan para REPSOL YPF en todo el mundo.

REPSOL YPF, una fusión entre dos grandes empresas, que se unen para ser todavía más grandes. Una compañía que opera en los cinco continentes, con una producción de más de 1 millón de barriles de petróleo por día. Con reservas probadas para abastecer de combustible a la Argentina por treinta años y con una red de 7.000 estaciones de servicio en todo el mundo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

**REPSOL
YPF**



REPSOL YPF. UNA DE LAS COMPAÑÍAS PETROLERAS MÁS GRANDES DEL MUNDO.

FRASES QUE VALEN LA PENA ALGUIEN LO HA DICHO

TODO LO QUE LLEVO DICHO HASTA AQUI ES MENTIRA

CÉSAR VALLEJO, CONTRA EL SECRETO PROFESIONAL

SE MIENTE MAS DE LA CUENTA

POR FALTA DE FANTASIA

TAMBIEN LA VERDAD SE INVENTA

ANTONIO MACHADO, ANTOLOGÍA DEL 2

¿A QUIEN LE VA A CREER? ¿A MI O A SUS PROPIOS OJOS?

GROUCHO MARX, MEMORIES

UNO DEBERIA SER SIEMPRE UN POCO IMPROBABLE

OSCAR WILDE, ESCRITOS

LA VERDAD SE APOYA EN LOS JUNCOS MATEMATICOS DEL INFINITO

ANDRÉ BRETON, PEZ SOLUBLE

Y DESPUES DE MIL FRACASOS

ME SENTI MUY TONTO

NOS HABIAN ENGAÑADO

Y ME FUI A BUSCAR AL PRIMER

HOMBRE QUE MINTIO.

SILVIO RODRÍGUEZ, LA PRIMERA MENTIRA

CUANDO LA MENTIRA ES LA VERDAD...

DIVIDIDOS, GRUPO DE ROCK ARGENTINO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

- Ciclo de Conciertos Corales, 1998 y 1999
- Xul Solar en el M.N.B.A.
- Xul Solar en internet, Museo Virtual
- Coro Nacional de Jóvenes, Néstor Zadoff
- Estudio Coral de Buenos Aires, Carlos López Puccio
- Grupo Canto Coral, Néstor Andrenacci
- Muestra Fernando Botero, M.N.B.A.

Arte para todos

Escuelas Primarias Públicas

Jornadas de literatura infantil, Unquillo, Córdoba, Pichanal y Embarcación, Salta / Escuela n° 21, Monte Grande, Bs. As. / Escuela n° 73, Arroyo Seco, Sta. Fe / Escuela n° 499, Villa Constitución, Sta. Fe / Escuela n° 227, Pujato, Sta. Fe / Escuela n° 490, Casilda, Sta. Fe / Escuela n° 6039, Sanford, Sta. Fe / Escuela n° 164, Elortondo, Sta. Fe / Escuela n° 1198, Venado Tuerto, Sta. Fe / Escuela n° 1198, El Rabón, Sta. Fe / Escuela F. Ameghino, Unquillo, Córdoba / Escuela F. Cuernavaca, Comechingones, Córdoba / Escuela R. S. Peña, El Alcalde, Córdoba / Escuela B. Rivadavia, Salta / Escuela 4497, Dragones, Salta / Escuela 1262, Venado Tuerto, Santa Fe / Escuela n° 164, Florencia, Sta. Fe / Escuela n° 247, Arroyo Seco, Sta. Fe / Escuela n° 151, Chamical, La Rioja / Escuela n° 66, Llavallol, Bs. As.

RESIDUOS INDUSTRIALES

MESA REDONDA

• Categorización
• Minimización y Tratamiento
• Marco Legal
• Management

- Granja Educativa P. Elizalde, González Catán
- Escuelita de Fútbol
- Collegium Musicum
- Jardín de Infantes n° 905, Los Polvorines
- Escuela Media Jorge Macri, Jeppener
- Fundación Cimientos
- Liceo Militar Gral San Martín
- Asociación Padrinos de Escuelas Rurales

Educación

Universidad

- 1997. "Fundamentos de las garantías constitucionales", Luigi Ferrajoli, UBA.
- 1997. "Residuos Industriales", Universidad Austral.
- 1998. "Calidad de gobierno, transparencia y responsabilidad", Jorge Kopits, U.B.A., U.N.C.
- 1999. "El universo en la visión física contemporánea", Maldacena, Paz, Harari, Balseiro, García Canal, U.B.A., U.N.C.

Salud Infantil

- Proyecto Tierra del Fuego de Nutrición Infantil
- COAS, Equipamiento médico
 - Pediatría, beca de perfeccionamiento
 - Las Lomas Oral

Jóvenes Profesionales

- Beca SOCMA
- Universidad de Bologna
- Universidad San Andrés
- Baylor College of Medicine
- CEMIC

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Presente en la comunidad promoviendo la educación y la cultura



POR **Luis Gruss** Periodista y escritor, autor de "Letras de diario" y del libro de aguafuertes "Malos poetas".





EL VICIO DE OCULTAR

MENTIRAS EN FAMILIA

La mentira duerme en casa.

La arropamos de noche para que no tenga frío.

La regamos temprano como a una planta.

De vez en cuando, incluso, hacemos con ella el amor.

El dulce hogar es un tenaz fabricante de escondites. Las mentiras pueden ser crueles, fatales, piadosas o delicadas. Pero son en cualquier caso habituales y crocantes como el pan de cada día. Y todas las familias —aun las más transparentes, ejemplares y felices— ocultan un secreto bajo la alfombra, una historia prohibida en la rota página del álbum, un cuaderno de tapas azules guardado en el último cajón del aparador que ayer abrimos sin querer.

—Quemá esas cartas, por favor.

—Borrá ya mismo ese nombre.
—No cuentes lo que te dije.
—No la llames, no la veas.
—¡Quedate en donde estás!
—Y no respires...

Si hay que sufrir, mejor es no saber. Vivir en la mentira puede ser un camino como cualquier otro. Igual hay que sacar la basura todas las noches. Y todas las noches, por suerte, también hay que dormir. Pero el sueño se puebla a veces de extrañas criaturas. Y la más familiar de todas es el autoengaño, una golosina agridulce que disolvemos lentamente con la lengua. ¿Qué nuevo cuento inventaré mañana al despertar? Pero no sólo con ficciones se mece la cuna familiar.

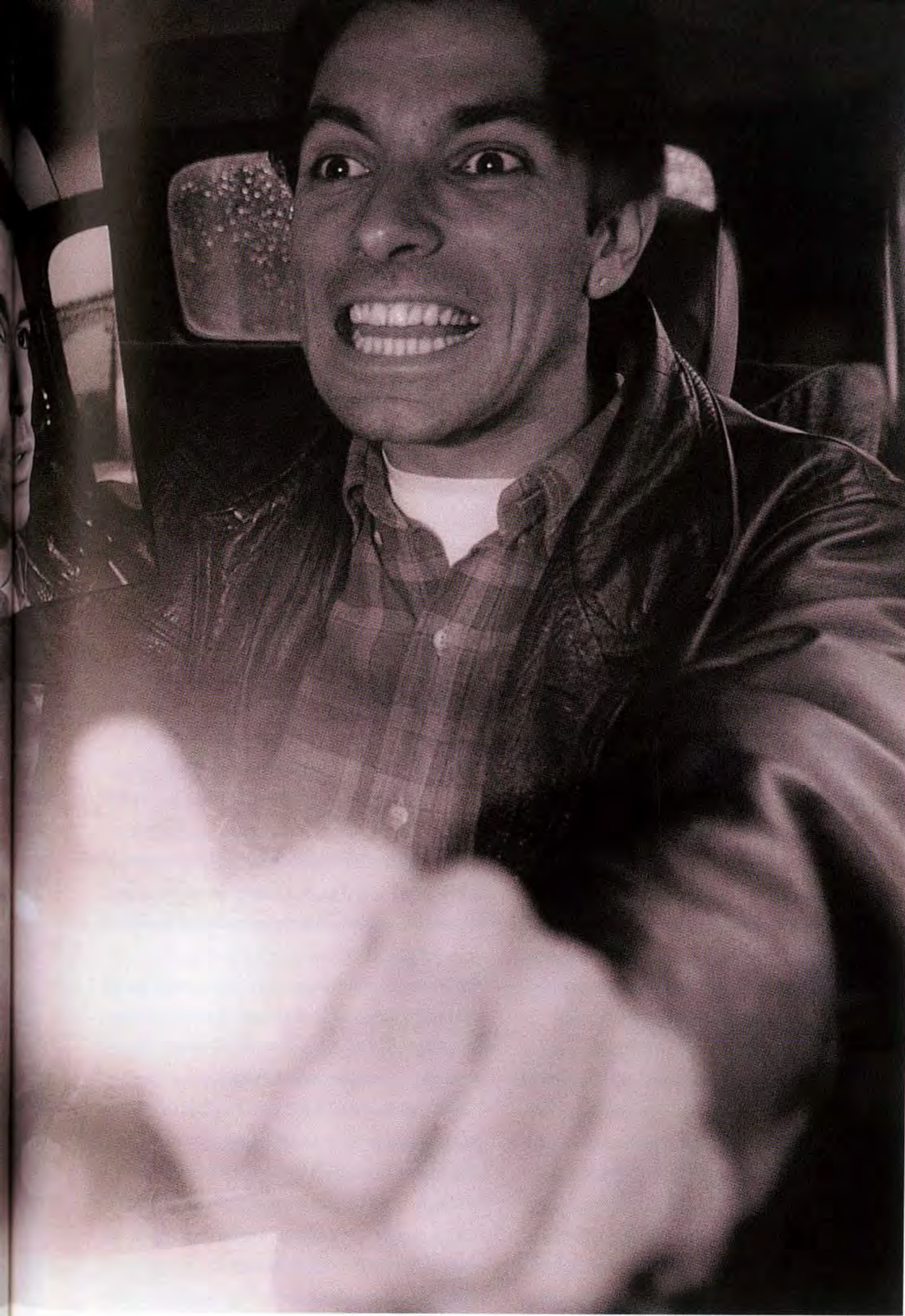
Soledad ya intentó matarse cuatro veces. La hermana de Raúl se gastó en el bingo la plata de cinco sueldos. A Claudia la cagó a golpes el marido. ¿No te das cuenta de que tu viejo te mintió? Carlitos debutó ayer con la mucama. Marina se volvió drogadicta por culpa de la madre. Ricardo fantasea con la prima. A Guido lo echaron de la empresa hace un mes pero le dice a la mujer que todo está bien. Se levanta a la mañana, agarra el portafolios y dice que va a la oficina. Pero se queda el día entero sentado en un banco medio roto del Parque Centenario.

Y Elena (cuidado que ahora va en serio), Elena, digo, vivió su infancia prácticamente secuestrada por un par de policías que se hacían pasar por sus padres. Y aquí, justo antes de empezar, se acaba por un rato la invención.

ELENA

La conozco desde hace tiempo. Nos presentaron en una fiesta organizada por los hijos de desaparecidos. La mún-





¿No te das cuenta, acaso, de que tu viejo te mintió? Carlitos debutó ayer con la mucama

Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar

sica estaba a todo volumen, como debe ser, y fue en medio del ruido y las luces giratorias que me contó una pesadilla que había tenido la noche anterior. "Debajo de mi cama salían manos que me agarraban por todas partes —recordó—. Estaba despierta en un lugar poblado de estatuas. De pronto entraba alguien, un tipo sin cara me perseguía, me gritaba, me quería agarrar con sus dedos larguísimos. Entonces yo tenía que simular que era una estatua para que no me reconociera. Y no respiraba. Y me quedaba muda, quieta, temblando de miedo."

Yo le dije entonces, tal vez para amortiguar el peso de su historia, que ella podía ser comparada con cualquier cosa menos con una estatua. Elena es una chica enérgica, positiva y alegre por donde se la mire; tiene 23 años, usa pulóveres coloridos y habla hasta por los codos, al igual que todas las peticas. Su nombre completo es Elena Gallinari. Digamos para empezar que ella fue "apropiada" al nacer por una pareja de policías de La Plata. En la fiesta donde me contó la pesadilla habló también del recuerdo que tenía de sus viejos, de cómo los veía y los soñaba. Me dijo que tal vez ellos, a los que ama aún sin haberlos conocido, debieron cuidarla un poco más antes de sacrificar su vida por un ideal. Y aunque los entiende racionalmente como un fruto casi inevitable de una época hermosa y terrible, dice que no los idealiza, que no quiere hacer en su cabeza la película de los héroes y los mártires.

Elena sabe ahora que nació en un campo de concentración que pudo haber sido la Escuela de Mecánica de la Armada. Supone que en semejante "sala de partos" debe haber tenido frío. Quiere creer que al menos en ese instante a su mamá ya no la torturaban.

IL POSTINO S.R.L.

**CORREO PRIVADO
& MENSAJERIA
RNPSP Nº 512**

UN SERVICIO DE PELICULA...!!!
SUS PIEZAS VIAJAN SIEMPRE CON DESTINO
CERTIFICADO / MENSAJERÍA ULTRA RÁPIDA
/PERSONAL ASEGURADO (ART)

4866-4440

4867-0036

BUENOS AIRES ARGENTINA

SERVICIO EN MOTO:

Trámites - Cobranzas
Depósitos Bancarios
Recorridos Diarios
Pagos de Servicios
DGI - Licitaciones
Correo interno
Servicio de Bolsines

CORREO:

Mailing - Encomiendas
Todo Tipo de Distribución
Ensobrados, Doblados
y Etiquetados

Mencionando esta revista
importantes descuentos

Pretende que alcanzó a verla llorar y sonreír por primera vez antes de que se la llevaran para siempre.

Sus auténticos padres fueron monotoneros (ella lo averiguó mucho después de la historia que aquí se está contando) y hasta lucían nombres de guerra. Miguel Angel, el papá, era conocido simplemente como Pedro. Su madre, llamada María Leonor Alonso, fue bautizada en el mundillo de la lucha armada con el nombre de Mafalda, bien de época. Pero todo el mundo la llamaba Mara.

Digamos por ahora, también, que Miguel Angel y María Leonor son dos nombres más en una lista que algunos hacen llegar a treinta mil.

En el principio tampoco Elena pudo llamarse Elena. Y no porque alguien le hubiera puesto un seudónimo al nacer ni porque también ella debiera pasar a la clandestinidad. Ocurre que siendo apenas recién nacida cayó en manos de una pareja de represores. Ellos le inventaron un nombre, una historia y una vida que no se correspondían con su origen verdadero.

Pero el engaño no fue eterno.

"Ahora sé que después de haber nacido fui a parar a la casa de un policía, en La Plata. El se llama Domingo Madrid; después pude saber que su hermano mayor llegó a estar prófugo por un asunto extraño: en la época del proceso tenía un negocio de electrodomésticos que se nutría con los equipos que robaban de las casas allanadas. Quiero decir que la mía era una familia bastante pesadita. La mujer de Domingo se llama Mercedes Elizalde o algo así. En realidad no me importa saber cómo se llamaba. No bien nací ellos me llevaron a su casa y se apropiaron de mí. Uso esa palabra porque de ninguna manera puedo considerar lo que hicieron conmigo como adopción. En una adopción los padres van de buena fe a buscar un hijo. Se anotan, hacen los trámites legales, esperan el tiempo que sea necesario. Pero en una apropiación la idea es

muy distinta. La cosa es que los Madrid me llevaron de prepo a su casa de City Bell, me bautizaron como Nancy Viviana Madrid y apenas tuve uso de razón me armaron una existencia plagada de mentiras. Un día me dijeron que en realidad yo era adoptada, o sea que no era hija biológica de ellos. Esa revelación en principio no me afectó porque siempre lo había sospechado. Pero también me dijeron que en realidad me habían encontrado en una esquina de La Plata y que me habían salvado de una muerte segura. Me explicaron que gracias a ellos estaba yo ahí disfrutando de un hogar. Esa mentira duró diez años exactos. Y es obvio que la educación que me dieron los Madrid fue muy diferente de la que recibí después de parte de mi familia verdadera. El hombre salía a trabajar muy temprano y yo me quedaba con la que entonces llamaba mamá; era una histérica total. No podría decir que era golpeadora, pero pasaba cualquier cosa y me daba una cachetada que me partía la cara. De tanto en tanto él intervenía para que no me pegara. Casi no tengo recuerdos de ese período. Tampoco tuve, lo que se dice, una infancia digna de ese nombre. Mi vida transcurría entre la escuela católica a la que me mandaban y el círculo de policías adonde íbamos en verano. Era un circuito muy cerrado, casi asfixiante. Tuve entonces una sola amiga, en una casa donde algunas veces me quedaba a dormir. Apenas recuerdo que se llamaba Carla. Sí, creo que se llamaba Carla."

Elena tuvo, sin embargo, una segunda oportunidad. La verdad que su entorno le negaba se abrió paso a los empujones. Y en una mañana de otoño la nena de ojos grandes —redondos como si siempre estuvieran asombrados— pudo saltar por fin encima del muro. Ese día la directora de la escuela a la que concurría fue hasta el aula donde ella había empezado a cursar el quinto grado. Le dijo sin más trámites que guardara sus cuadernos y sus libros en la mochila y se preparara para salir cuanto antes. No le dijo por qué, pero le dijo ahora.

Ella no entendía nada. Todo suce-

dió demasiado rápido. La llevaron en un auto directamente hasta el tribunal de Menores de La Plata. Elena permanecía callada, al igual que todos los demás. Temblaba, estaba expectante, pero no hacía preguntas. Ocurre simplemente que gracias a la denuncia anónima de un vecino las Abuelas de Plaza de Mayo la habían detectado tras una larga búsqueda que incluyó análisis de sangre y otras pruebas usuales de identificación.

La mentira se bebe a sorbos.

La verdad se come, a veces, de un solo bocado.

En el juzgado le dijeron por fin que ella en realidad no era adoptada, que sus verdaderos padres habían sido secuestrados por los militares, que su vida y su sangre nada tenían que ver con la familia Madrid, que empezaba para ella —que nunca más volvería a llamarse Nancy Viviana Madrid— una nueva existencia vinculada por fin a sus seres queridos, o a lo que quedaba de ellos.

"Estaba confundida, muerta de miedo, no lo podía creer. Yo no sabía nada de lo que había pasado en el país; tenía apenas diez años y ahora me decían que tenía otra familia que desde hacía años me estaba buscando. Me pregunté si acaso estaría soñando. Todavía recuerdo la última vez que vi al que decía ser mi viejo. Me dijo: 'No te preocupes, te vamos a recuperar, vas a volver a casa'. Esas palabras suenan todavía en mis oídos como una terrible amenaza. 'Te vamos a recuperar...' Pero por suerte, a esa altura, estaba ya del otro lado. Primero viví con mis dos tías paternas, después con mis abuelos y finalmente con un tío al que llamo papá y con una tía que para mí es mi mamá. Ellos viven en Bella Vista. Yo digo siempre que mi vida real empezó diez años después de mi nacimiento, ahí, en esa casa. Hasta entonces ni siquiera había nacido."

Durante esos diez años Elena Gallinari vivió a la manera del protagonista de *The Truman show*: era la única persona que no actuaba en esa obra. Y al aban-

Suena el teléfono en su casa: alguien llama y corta sin decir quién es. Elena todavía tiene pesadillas

donar ese espacio de eterna representación se topó con la verdad de su vida. Hoy sus padres montoneros están reducidos a un par de fotos borrosas, casi irreconocibles. El recuerdo de ellos, sin embargo, se va armando poco a poco en su cabeza como una imagen cada vez más nítida y completa.

Claro que el pasado no la abandona tan fácilmente. Todavía hoy suena el teléfono en su casa de Bella Vista. Alguien llama y corta sin decir quién es. Todavía Elena tiene pesadillas como la que me contó en la fiesta donde la conocí. Sin ser una luchadora de hierro como sus viejos, ella va de vez en cuando a las reuniones de la agrupación H.I.J.O.S. Participa en un grupo dedicado a encontrar a los hermanos de los hijos de los desaparecidos.

Son alrededor de quinientos los buscados. Son quinientos los chicos y chicas que siguen todavía encerrados por una oscura trama de tiernos engaños, comiendo, durmiendo y jugando al fútbol o a las muñecas en casas de militares y policías que acaso fueron los que asesinaron a sus padres. Esos falsos progenitores se hacen llamar papá y mamá, se dicen tíos, primos, abuelos, hermanos. De pronto Elena extrae un papel de su cartera y anota un teléfono (es el 15-56646115) con pedido de publicación. Es un celular dirigido especialmente a todos aquellos que tengan dudas sobre su verdadera identidad y que quieran empezar a poner las cosas en claro.

Sólo la música de la sangre —escri-

bió Alejandra Pizarnik— asegura residencia.

Para Elena Gallinari cualquier otra música suena falsa, engaña al oído y al corazón como la engañaron a ella, aturde y desentona peligrosamente.

PAULA S.

Recuerdo un relato de Ray Bradbury que viene al caso. Cuenta la historia de un grupo de astronautas estadounidenses que viajan al planeta Marte. Tienen la tarea de averiguar por qué fracasaron todas las misiones anteriores. Apenas los hombres descienden del cohete se encuentran con un paisaje llamativamente familiar. Las casas y las calles de la ciudad son muy parecidas a las de sus hogares de Texas. La extraña familiaridad hace que los viajeros se entreguen mansamente a la situación, aun admitiendo que es rara, dudosa, incomprensible. Caminan por las plazas cubiertas de malezas hasta que de pronto se encuentran, sí, con sus seres queridos.

Ahí están papá y mamá, los abuelos, está la torta de manzanas en la mesa de roble esperando al hijo pródigo junto a un té de hierbas humeantes. Cada astronauta encuentra a su familia perfectamente reproducida sobre el suelo marciano. La leña ardiendo en el hogar, el cuarto de infancia, las fotos queridas pegadas en la pared, el borro-neado cuaderno escolar. Y cada familia recibe al recién llegado con una



gran fiesta. Sólo el capitán de la tripulación, también agasajado a lo grande por los suyos, desconfía. Se da cuenta de que nada de lo que está pasando tiene sentido. Supone con razón que hay algo oculto, incluso amenazante en esa inesperada recepción. Muy tarde en la noche, cuando cree que sus padres duermen, sale por fin a investigar. Lo sorprende su hermana en la escalera. Adónde vas, le dice en un tono frío, severo, que ya no suena tan amistoso. Voy a tomar agua, responde el capitán simulando una sonrisa. Tengo sed. Pero la hermana, claro, no es la hermana. Y tiene, como el resto de los marcianos, el poder de leer el pensamiento de su víctima hasta en sus pliegues

más íntimos. Extrae un arma de su bolsillo. Fulmina al capitán con un rayo verde y mortal. Lo mismo le sucede, casi en el mismo instante, al resto de la tripulación en cada una de las "casas" adonde fueron a parar.

El horror está mucho más cerca de lo que pensamos. Y lo siniestro se revela precisamente cuando el entorno resulta extrañamente familiar. Es esa proximidad la que en un principio nos confunde. Lo dice con sus palabras Paula S., una abogada de cuarenta años y un dolor que le cruza el rostro como una profunda cicatriz. Paula es hoy una señora de nadie cuyo último esposo —un dentista y ciudadano ejemplar— abusó sexualmente de su pequeño hijo

(Sebastián) sin que ella lo supiera hasta que el niño, por fin, habló.

"Todo sucedió en una tarde de mayo. Mi marido había dejado a mi hijo de cinco años con su abuela, como siempre lo hacía al regreso del jardín. Ese día Sebastián estaba de un especial mal humor. La abuela le preguntó qué le pasaba y él dijo, simplemente, papá me hace cosas que no me gustan. Y después habló de manoseos, de besos, de especiales caricias. Cuando me enteré mi primera reacción fue de estupor, horror, indignación. Al principio me quedé como congelada, sin saber por dónde empezar. Un tiempo después lo primero que hice fue plantearle a mi marido una separación temporaria, aunque sin decirle cuál era el motivo. Necesito pensar en lo que nos pasa, le mentí. Las cosas entre nosotros no andaban bien, pero mi intención real —no olvidemos que soy abogada— era

no darle ventajas. El era un hombre muy mentiroso en general. Me ocultaba el monto del sueldo que ganaba, me era infiel casi delante de mis ojos, tenía una vida doble en varios sentidos. Finalmente las cosas se agudizaron. Mi nene amplió sus testimonios. Ahora sé, o creo saber, que no hubo violación directa; pero el daño psíquico es el mismo. Una vez realizada la denuncia penal el padre de mi hijo reaccionó con sorprendente naturalidad. Por supuesto negó todo, pero quedó detenido en el penal de Caseros hasta que a los quince días salió en libertad. No hubo condena porque tampoco hay pruebas. En estos casos es la palabra del adulto contra la palabra del chico. Si me preguntaran a mí qué pruebas tengo de lo ocurrido yo podría decir, simplemente, que mi hijo no miente. Y que mentir es, justamente, lo que hizo el padre a lo largo de nuestra vida en común."

Paula S. mira el mundo desde su oscuro desconcierto. Dice que los abusadores, los mentirosos, los golpeadores no configuran una tipología, que carecen de rasgos que los identifiquen entre los demás, que no existe un perfil estadístico que permita detectarlos por anticipado. A las mujeres —dice también— nos preparan únicamente para cuidarnos siempre de los enemigos exteriores, de los exhibicionistas que de pronto abren el piloto en un parque, de los violadores que acechan en la calle. Pero raramente nos alertan para conjurar el peligro cercano, ese que permanece agazapado en el interior de cada casa y, a veces, adentro de cada uno de nosotros.

"Yendo después a un grupo de autoayuda compuesto por mujeres cuyos hijos fueron abusados sexualmente me enteré de que la mayoría de los acusados suelen ser hombres extraordinarios, amados por los vecinos y hasta admirados por sus compañeros de trabajo. Son docentes, profesores de educación física, contadores, médicos, pediatras y hasta psicólogos que trabajan como tales en el Hospital de Niños o instituciones igualmente respetables."

Por momentos Paula se siente cul-

Colón no mintió cuando al descubrir América dijo que había llegado a la India; pero su afirmación fue inexacta. El ejemplo permite entender mejor la relación que se establece entre los chicos y la mentira. Es raro que un niño mienta deliberadamente. Y cuando lo hace ese acto suele estar relacionado con algún imperativo sutil que se origina en el mundo adulto.

El tema ha sido relacionado con el cada vez más creciente número de falsas denuncias sobre abuso sexual infantil. Los casos donde luego se comprueba que los hechos alegados nunca sucedieron —tras haberse producido daños irreparables en muchas personas inocentes— ya llegan a constituir, aquí y en todo el mundo, cerca del diez por ciento del total.

¿Por qué sucede esto? El psiquiatra argentino Eduardo J. Padilla, un experto a nivel mundial en el asunto, tiene al respecto una hipótesis interesante. El sostiene que si bien la actitud inicial de los grandes debe ser siempre la de creer en la palabra infantil, debe distinguirse luego si acaso ese chico no ha sido víctima de una falsa memoria inducida de manera intencional o patológica por algún adulto. Una idea puede instalarse con fuerza en la difusa memoria de los niños. Los hechos allí registrados se borran muy fácilmente y producen todo tipo de baches que posteriormente pueden ser rellenados de diversas maneras. Esos falsos recuerdos pasan luego a ser tomados como ciertos.

El fenómeno, que Padilla define como co-construcción del niño

con el adulto, está en el origen de las falsas alegaciones de abuso sexual. Pero no sólo ahí.

Un conocido experimento llevado a cabo con niños preescolares en los EE.UU. ilustra el tema a la perfección. Se tomó a un grupo de chicos de entre tres y seis años y la maestra les anunció que serían visitados por un tal Sam Stone. Como al pasar, les contó a los niños que Sam suele ser muy torpe en sus cosas, que rompió sin querer algunos juguetes, incluido un simpático osito de peluche y un libro con dibujos. Algún tiempo después un señor llamado Sam Stone fue presentado a los chicos durante sólo dos minutos. Luego de diez semanas de escuchar nuevas y preocupantes historias relacionadas con él, el 72 por ciento de los pibes consultados empezó a culpar a Stone de todo lo malo que sucedía en la escuela, y aun en sus casas. Lo más sorprendente fue la cantidad de datos que aportaron en sus respuestas. Algunos dijeron que vieron a Sam comprar un helado, ensuciarse las manos y luego manchar paredes y juguetes. Sólo un grupo al cual no se le hicieron sugerencias de ningún tipo sobre Sam Stone negó que el imaginario ser hubiera tenido algo que ver con los daños que los demás le atribuían.

Estudios similares confirman que los chicos pueden proporcionar relatos falsos que les han sido introducidos, mediante distintos procedimientos, por una figura dotada de autoridad. Ellos creen que no mienten. Simplemente piensan, como Colón, que lo que dicen ha ocurrido realmente.

pable de no haberse dado cuenta. Se sorprende al admitir que vivió en la mentira, que la aceptó y que hasta disfrutó de ella por momentos. ¿Cómo pudo convivir tantos años con el abusador de su propio hijo? ¿Cómo pudo llegar a hacer el amor con él? Ella sabe de antemano que no hay respuestas fáciles para semejantes dudas y que la culpa, en todo caso, no la lleva a ningún lado. Antes llegó a planear una venganza concreta. Pensó en atropellar a su ex marido con el auto. Pero después desechó la idea porque temía que la descubrieran. Ahora, más tranquila, se conformaría con que algún día se le cayera en público la máscara de buen hombre que lleva pegada al rostro.

PABLO

No hay por qué ventilar los trapos sucios bajo el sol. A veces es mejor que todo, incluso aquello, quede encerrado en el estricto marco familiar. Conviene entonces mirar hacia el costado y esperar que la mancha en la sábana se borre por efecto de la indiferencia y el olvido. A veces, también, la mentira se desnuda y sale a la calle con todas sus vergüenzas al aire. Pero cuando el escándalo es grande esa mujer de grandes pechos y pequeños fines se pone a salvo de las miradas indiscretas. Pero si en el medio asoma el amor —aun aquel que pueda ser tildado de perverso o incestuoso—, bueno, entonces la historia se complica un poco.

Pablo es alto y moreno, tiene 29 años y trabaja como asesor de sistemas en una compañía de telecomunicaciones. Ahora vive solo en un frío departamento del barrio de Barracas. También estaba solo cuando en 1992 conoció a su tía. Ella, doce años mayor que

Con el tiempo, las habladurías se hicieron intolerables y el amor entre la tía y el sobrino se fue apagando

él, había regresado de Miami luego de una permanencia allí —junto a sus tres hijos y su marido— por un largo período. La última vez que se habían visto él era apenas un niño y ella tenía 23 años. Ahora la tía regresaba con 33 y recién separada. Se cruzaron en una fiesta familiar —se casaba una hermana— y no dejaron de mirarse durante todo el tiempo que estuvieron juntos. ¿Cómo podía suponer Pablo que sus incipientes deseos eran incestuosos cuando estaba frente a una mujer madura y hermosa a la que apenas conocía y de la cual sólo guardaba unos pocos y vagos recuerdos?

"Pensé al principio que todo había quedado ahí. Pero a los pocos meses ella decidió visitarme con una excusa cualquiera. Ahí sucedió algo que jamás hubiera imaginado: primero me hizo unos masajes en la espalda, después siguió con sus manos hacia abajo, comenzó a sacarme de a poco toda la ropa mientras yo la dejaba hacer. Así fue como llegamos a la cama como si eso fuera todo lo que deseábamos hacer en la vida. Parecía que nos conocíamos desde siempre, algo que en algún sentido era absolutamente cierto. Hasta ahí todo fue muy agradable, muy natural. Pero a partir de esa noche nuestra familia incorporó un nuevo secreto a su amplio repertorio. Nuestros encuentros empezaron a sucederse sobre la base de todo tipo de estrategias y mentiras de ocasión. Sus viajes de placer coincidían en el calendario con mis viajes de trabajo, sus salidas con amigos armonizaban con mis horas extras, sus paseos dominicales a Palermo se daban de la mano con mis salidas a jugar al fútbol y así, siempre así, las excusas se fueron amontonando."

Mentir con arte y eficacia era la

principal condición para que Pablo y su tía se encontraran en su íntima hoguera. Sólo se permitieron —mediante un extraño pacto— tener un solo confidente cada uno. ¿De qué sirve transgredir la norma si no hay al menos un testigo que lo certifique? Los hijos de ella por supuesto no lo supieron nunca. Pero para ese entonces toda la familia estaba al tanto; sólo que todos se hacían los distraídos. Nadie había visto nada, claro, pero tampoco hacía falta. Un buen entendedor puede darse el lujo de omitir el trámite de las comprobaciones. Con el tiempo, sin embargo, las habladurías se hicieron intolerables y el amor entre la tía y el sobrino se fue apagando como un fuego humedecido por la noche. "Creo que hicimos lo correcto", dice Pablo hoy, como quien se jacta a desgano de su buena letra. Pero no parece muy convencido. A veces el sobrino llama a su tía para preguntarle cómo está. No hay nada malo en eso. Ella le dice que bien y corta enseguida, como quien se da una ducha fría para curarse en salud.

JENNY

El tiempo lo cura todo. ¿Y si fuera el tiempo la enfermedad?

Hace poco me dijeron que también la verdad lo cura todo. Pero yo no lo veo así. A veces pienso que en todo caso el remedio está más lejos. ¿Será posible concebir una vida totalmente libre de ocultamientos? ¿Y quién dicta-



“Poco o mucho,
en algún momento
de sus vidas,
todos los argentinos
tienen algo que ver
con La Caja.”



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
Una gran compañía,
para la seguridad de la gente.

Así como las mentiras tienen patas cortas, pueden usar las botas de siete leguas. Tanto mi padre como mi madre eran grandes contadores de historias. Más aún: fabuladores, invencionistas, creadores de realidades retocadas. En la familia considerábamos que la ficción era más hermosa que la realidad, así que se utilizaban los medios que fueran necesarios para sostenerla, retocarla, convertirla. Crecí, claro, en un mundo de historias corregidas. Y aumentadas. Un juego, casi, del que todos participábamos contentos, agregando alguna cuota de maravilla. Como algunos saben, una vez que empiezan las mentiras, detenerlas es casi imposible.

El pastorcillo mentiroso, entre otras inolvidables historias, era relatada por mi padre con un histrionismo a prueba de niños terribles. Adoptaba como propios, con esa gracia que sólo brota del alma, los papeles que le vinieran bien según la ocasión. Entonces, alternativamente era hijo y nieto de arrieros y domadores, descendiente directo de marineros y pescadores; de cafiolos y malandrines y de tantas cosas que ya no me acuerdo. Sin embargo, bien poco hablaba de sus padres: un linotipista casado con una inmigrante española. Una de sus características principales era el ocultamiento, forma sutil de la mentira.

Mi madre, eximia actriz, encontró la muerte con pena del alcohol y la escasa gloria de los psicofármacos. Por eso mi padre necesitaba inventarla todo el tiempo, con lo que, inocentemente, le dio un empujoncito hacia su tumba.

Años de análisis me convencieron de que uno elige y de que fue de ella la decisión de vivir como lo hizo al estilo de la película **Leaving Las Vegas**.

Por cierto, ahora sé que no le dimos la ayuda que necesitaba porque negábamos sus problemas, rearmábamos la historia con cosas que nos resultaran aceptables. Si dormía todo el día decíamos que estaba agotada, no que se había bajado tres botellas de vino. Si se ponía violenta estaba solamente nerviosa. Si tomaba tiras enteras de anorexígenos era porque quería adelgazar. Todos sabíamos la verdad, pero no estábamos dispuestos a soportarla.

Para mi mamá la vida era un escenario o no era nada. La rutina doméstica estaba totalmente fuera de su alcance. Decía: "No hace falta planchar esta ropa porque ni se nota que está arrugada...". Y mientras me ponía un trapo vergonzante me recitaba "cultivo una rosa blanca..."

En esa época ella daba clases de inglés, tocaba el piano y recitaba a García Lorca. La versión oficial era que se había recibido en el Conservatorio Nacional de Arte Dramático, que era profesora de piano, de inglés con título de Cambridge, y que le faltaban dos materias para terminar el profesorado de francés.

Llega el momento en que uno deja de creer, desconfía y comienza a indagar; entonces las fábulas deben acrecentarse para sostener el mito. Años después me enteré de que solamente había terminado el secundario, que había estudiado aquí y allá sin jamás recibirse de nada.

El proceso de deterioro de mi madre fue penoso, lacerante. No aceptaba la realidad tal cual era y tomó desde vino a perfumes hasta que se mató. De algo estoy segura: no quería morir. El alcohol la dejaba creerse reina, escritora, actriz, rica.

No volvimos a hablar de ella luego de su muerte: pasó a ser un fantasma que sobrevolaba silenciosamente la casa. Si alguien preguntaba, sosteníamos que había sufrido un infarto. Vivíamos en un pueblo muy chico, donde se cumple aquello de que éramos pocos y nos conocíamos mucho. Pero nosotros mantuvimos esa historia y ni una palabra más. Ni preguntas ni autocrítica y, menos, revisión del pasado.

LA REPRESIÓN

Con mis hermanos militábamos en el centro de estudiantes. Mi padre estaba al tanto pero no lo tomaba en serio. No le entraba en la cabeza la historia de los desaparecidos, las torturas, los cadáveres arrojados al río. Para entonces yo había cumplido los 15.

Un día la policía me levantó de mi casa. Le rogué a mi padre que no los dejara, pero él se mostraba confiado: me entregaba al comisario del pueblo. Estaba tranquilo porque tenía el don innato de esquivarle siempre a la realidad. Cuando no aparecí esa noche empezó a avivarse.

Milagrosamente me salvé. A mi regreso sólo me preguntó si estaba bien y yo le contesté lo que quería escuchar. No estaba entrenada para contar la verdad cuando era fea. Nunca volvió a preguntarme sobre el tema.

A los 17 años me fui a Tucumán con la excusa de hacer una carrera. Me anoté en cualquier facultad pero me dediqué a vagar. Pasado el tiempo caí en la cuenta de que si no hacía algo iba a tener que regresar, y eso me aterraba. Entonces me declaré enamorada del tipo más vulnerable a mis encantos que encontré y logré en cinco meses casarme con él.

Yo tenía muy bien aprendida la lección: creía en las mentiras que inventaba. Me convencí de que lo amaba, de que era el hombre de mi vida y de que eso y no otra cosa era todo lo que necesitaba en el universo. Fue una lamentable entrada al mundo de los adultos. Me casé de blanco, con fiesta y todo.

Pero esa mentira fue difícil de sostener. El era, por supuesto, de lo peor. Jugador, mujeriego, vago y golpeador. Yo, por teléfono, le contaba a mi familia que mi vida era hermosa e interesante. A riesgo de parecer patética, puedo asegurar que esa etapa fue parecida a una película de Ripstein.

Un buen día mi hermana pasó de visita por la ciudad y al comprobar el estado real de las cosas me llevó de regreso. Estaba entonces embarazada de siete meses.

Carolina. Así se llama mi hija. A pesar de las circunstancias fue profundamente deseada. Nació cuando yo tenía 20 años. El padre apareció al día siguiente de su nacimiento, no trajo ni flores, ni pañales, ni nada, y desapareció. Mi hija pasó su infancia creyendo que el papá no la veía porque vivía muy lejos y tenía mucho trabajo. Que por supuesto la quería mucho y que en cualquier momento iba a venir a verla. Mentira grande si las hay, y de eso se tuvo que dar cuenta ella solita.

Al cumplir seis años fue necesario ir a buscarlo para que la conociera porque con cada hombre que se cruzaba ella me preguntaba: "¿Mami, será ese mi papá?", y a mí se me retorcía el corazón.

Uno puede tratar de ser ciego, sordo, hacerse el estúpido, pero hay un punto donde la evidencia nos enfrenta cara a cara con la verdad. Era chiquita, pero sólo un encuentro bastó para que supiera qué clase de persona era su padre y tirar abajo la mentira con que yo había tratado, a mi modo, de protegerla.

¡Tantas veces los cuentos habían venido en mi ayuda! Le había inventado una historia larga, mechada con Caperucitas, gigantes de ojos azules, Blancanieves y princesas encerradas en torres de marfil. Pero su historia y la mía, que no son de papel sino de carne y hueso, esa historia yo se la negaba. O no podía pronunciarla.

—Padre, he pecado —podría decir hoy en el confesionario—, he mentido cientos de veces, y me han mentido otras tantas y he pagado el precio por las que dije y por las que me creí.

No por eso enarbolo ahora la verdad como un estandarte sagrado. Sé muy bien que en sí misma no vale nada. Hablo de esa verdad que algunos te tiran a la cara solamente para desahogarse. Esa que a uno no le sirve más que para asustarse y que otros usan como venganza.

Me tocó escuchar algunas verdades que en su momento hubiera preferido no saber. Más que cosas meramente ciertas eran golpes en la boca del estómago. Sin embargo, pasado el dolor inmediato, la verdad cura.

Ahora que acabo de cumplir 40 años prefiero, aunque a veces me cuesta, dejar la ficción a cargo de los libros.

Y sin entrar en discusiones filosóficas completamente rebatibles y en este caso inútiles, presiento que la verdad siempre está detrás del estrecho horizonte, invisible.

Excepto en sus efectos.

mina que tal o cual persona se comporta siempre de una forma sincera y transparente?

Jenny Milgrom —psicóloga, madre, pintora, actriz y no sé cuántas cosas más— al menos lo intenta. Ella vivió en el engaño hasta que a la edad de quince años se enteró, bruscamente y por casualidad, de que era adoptada. Después hizo una larga terapia con la famosa Eva Giberti, tuvo una hija, escribió un libro contando su historia (*Crónica de una adopción*) y hasta plantó un árbol para completar la parábola. Todavía le quedan fuerzas para hacer muchas otras cosas y hablar de las dos vidas en que se dividió su vida.

"Mi primer recuerdo es de cuando tenía apenas tres años. Yo estaba con mi familia de vacaciones y mi mamá me dijo: 'Mirá esa señora tan grande, con esa negrita que lleva en brazos. No debe ser la hija, seguro que es adoptada'. Esa fue la primera vez que llegué a intuir lo que era una adopción. Y desde ese momento empecé a fijarme en las diferencias que tenía con mis padres. Lo primero que observé es que mi mamá parecía mi abuela. Mi padre reconoció que no era mi padre recién cuando yo cumplí treinta años. Pero me costó mucho enfrentarlo para llegar a esa verdad. En mi casa se ocultaba todo. Por todas partes había puertas cerradas, cajones con llave, cortinas corridas, falsas puertas y falsas ventanas. Si me encontraban revisando algo ponían el grito en el cielo. Yo tenía quince años cuando una amiga, cuyos padres eran amigos de los míos, me dijo de golpe que yo era adoptada y que mi prima en realidad era... mi hermana. Al principio no pude creerlo, pero mucho después me di cuenta de que todo cerraba. Entonces encaré a mis padres como para aclarar las cosas. El resultado fue desastroso.

—Papá, mamá, ¿es cierto lo que me dijo Marta? Y les conté lo que me dijo.

—¡Pero esa hija de la gran puta! ¡Son todas calumnias, mentiras de gente envidiosa, eso es lo que son!

—Yo sólo quiero saber la verdad...

—¿Sí? ¿Para abandonarnos? Para ir a buscar a

A sugerencia de su psicóloga hizo ampliar esa borrosa imagen al mayor tamaño posible

tus verdaderos padres, ¿no es cierto? ¿Acaso alguna vez te tratamos mal? ¿Alguna vez te faltó algo? Desgraciada vos y esa puta de Marta. ¡Que no vuelva a asomarse por aquí! ¡No quiero volver a verla en esta casa!"

Después de semejante respuesta Jenny Milgrom dudó cada vez menos. O cada vez más, nunca se sabe. Ahora estaba segura de que era adoptada. A partir de esa convicción empezó para ella un largo proceso de búsqueda que, increíblemente, aún no terminó. Todo lo que le queda de su verdadero pasado es una foto, una vieja foto en blanco y negro que con el tiempo viró al sepia, al amarillo, al blanco ajado. A sugerencia de su psicóloga hizo ampliar esa borrosa imagen al mayor tamaño posible. Recién entonces pudo ver a un grupo de personas de mediana edad, algunas de pie, otras sentadas sobre una roca. Se veía en un costado a un hombre corpulento, de unos cuarenta y cinco años y abundante pelo oscuro. Como estaba rodeado de mujeres, parecía el dueño de un harén. Entre las chicas había una, madura, rolliza, con un vestido de grandes cuadros. Estaba sentada detrás de otra que sostenía en brazos a un bebé, de piernas gorditas y cabeza rapada, que era Jenny. La mujer, claro, era su madre. Era la única que no estaba vestida de blanco y no calzaba zapatillas.

"Al volver a mirar hace poco aquella foto observé que mamá llevaba una ropa que no la favorecía. Y de algún modo misterioso volvió a mi mente aquel diálogo que se repetía una y otra vez cuando, de chica, mirábamos las fotos familiares

con mis padres adoptivos.

—Mamá, ¿de dónde es esta foto?

—De Córdoba, de cuando fuimos a veranear.

—¿Y ese bebé quién es?

—Ese bebé sos vos.

—¿Y por qué entonces no sos vos la que me tiene en brazos? ¿Por qué me levanta en brazos esa señora que no conozco?

—Esa señora era una amiga nuestra. Y te quería mucho.

Nunca llegué a saber por qué esa mujer me quería mucho. Ni donde vivía, ni cómo se llamaba."

Jenny dice que es mejor saber la verdad por más terrible que sea. Llega un momento en que resulta imperioso abrir los cajones, buscar las llaves de la jaula, dejar entrar el sol en el desván. Y cuando la luz invade los arcones de las crueles familias la mentira empieza a diluirse. Cada cual, entonces, busca el lugar donde se sienta mejor parado y donde sople el viento más favorable.

Jenny todavía evoca los alaridos de su falsa madre cuando ella vomitó su verdad sobre el lecho de esa anciana que la había engañado sistemáticamente. *"La mujer alcanzó a decirme a los gritos que yo debía estar agradecida porque ellos me habían recogido en una zanja, porque me habían salvado."*

Casi lo mismo le dijeron a Elena Gallinari sus apropiadores de La Plata. También ellos la habían salvado de una muerte segura. Las mismas palabras.

El mismo argumento pueril. Pero no hay que desesperar. Porque al menos, en el acotado mundo familiar, no existe mentira que dure cien años ■

En las entrevistas colaboró Martín Galarce

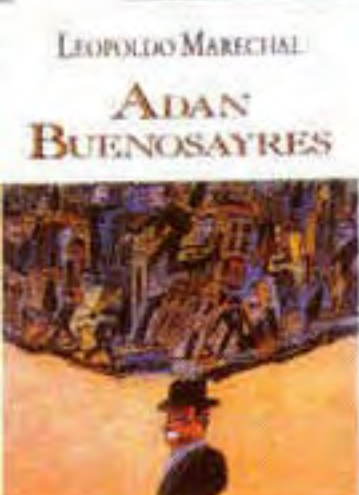


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Alejandra Aguado** Periodista

DIGRESIONES



DESTINO INFERNAL

Leopoldo Marechal

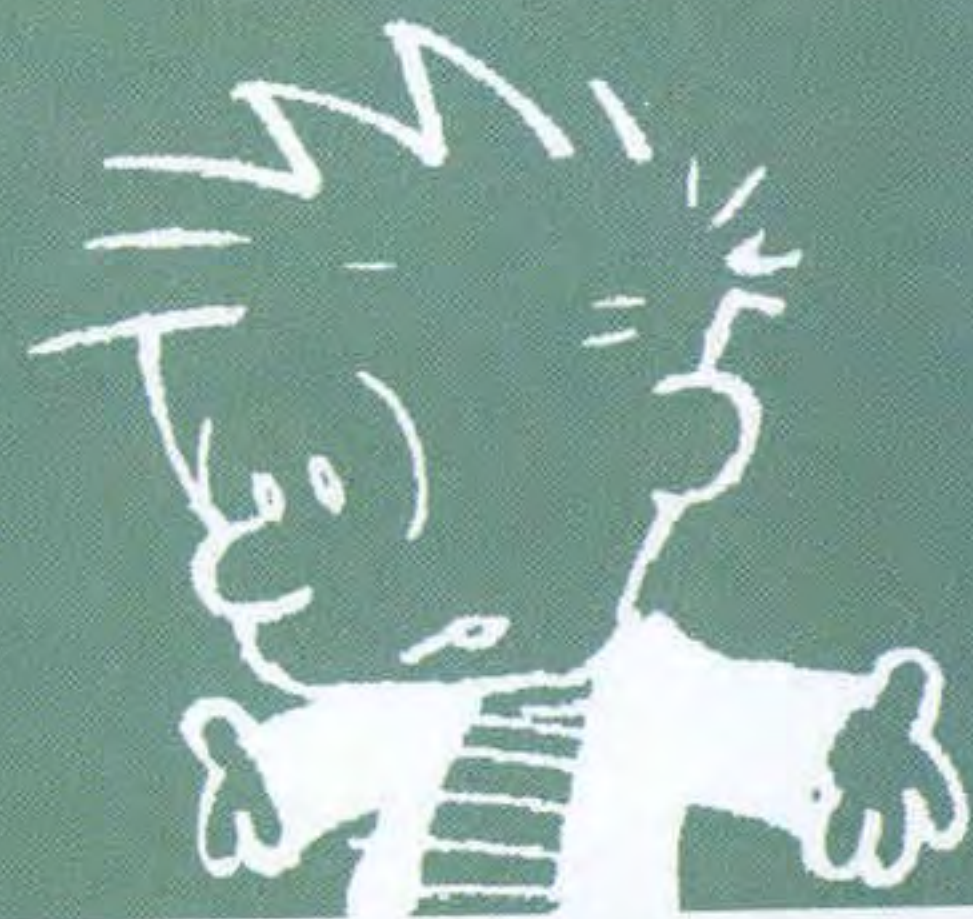
Como Dante o Virgilio, Leopoldo Marechal describió un infierno para los porteños en su libro *Adán Buenosayres*. La llegada al infierno está planteada como un viaje a la oscuridad, a la monstruosidad en que se convierte gran parte de la gente que Adán, el protagonista, conoce de su barrio. Siete espirales dan lugar a los muertos de acuerdo con los pecados que cometieron en vida y nadie se salva de que su lado oscuro se haga más que evidente. En el séptimo infierno, donde se encuentran el Sector de los Ladrones, el Laboratorio de los Dinamiteros, el Area de los Violentos y de los Brutales y un inmenso taller de periodistas, está también el lugar de la calumnia, que hospeda a estos mentirosos sin piedad que vociferan falsedades. Junto con los Hipócritas y los Aduladores, los Calumniadores viven en depósitos de basura, un potrero de vastas dimensiones. Su castigo: vivir una eterna pelea con un adulator con quien comparten su cuerpo, resultado de la fantasía del creador de este infierno que creía así unir en un monstruo dos formas polarizadas de violencia.

Niños sabios

Así como Mafalda, Calvin es otro pequeño gran filósofo que capta con ingenio y sensibilidad la verdad de los hechos cotidianos. Mediante sus juegos, su imaginación y sus conflictos infantiles no hace más que filosofar sobre situaciones universales que se desprenden de conductas simples y particulares que comparte con su entrañable compinche Hobbes, el muñeco que es para él algo tan animado y "avivado" como sus propios padres. Para el protagonista de este cómic creado por Bill Watterson, la comida, por supuesto, es un tema. El no hace más que decir unas palabras tan simples como ciertas

ante el plato que se le pone delante:

"¿Qué es esto?", pregunta a sus padres en una de las tiras. "Probalo, te va a encantar", le responden. Y Calvin no lo duda y pronuncia una de sus fantásticas sentencias: "Sabés que vas a odiar algo cuando no quieren decirte lo que es".



Nobleza obliga

La verdad puede ser tan complicada que en algunos casos exige cierta insinceridad. En una escena de *Los miserables*, de Victor Hugo, la mentira aparece exactamente como una noble actitud: no se dice sólo por compasión, sino para fomentar la bondad en otro hombre. Jean Valjean, uno de los protagonistas, pasa de la clandestinidad a la vida honesta gracias a la obsesión de un obispo por encaminarlo. Después de que Jean había intentado robarle toda su platería, fue descubierto y llevado al obispo, quien lo recibió con los brazos abiertos y le preguntó por qué no se había llevado también los candelabros, parte de su regalo. Así, sorpresa de por medio, lo salvó de la cárcel, y permitiéndose mentir de nuevo, le dijo: "Nunca olvides que me has prometido usar el dinero de la platería para convertirte en un hombre honesto". Jean, por supuesto, nunca recordó haber pronunciado esas palabras, pero la promesa pronto se convirtió en verdad.

Publicidad y verdad

Warren, un astuto fabricante londinense de betún, un día decidió publicitar su producto en las pirámides egipcias de Gisé con una simple frase: "Compre el betún de Warren, Strand 30, Londres". Los viajeros ingleses del Nilo se indignaron al ver semejante vulgaridad sobre las pirámides y enviaron cartas al Times que acusaban a Warren de profanar los monumentos. El diario las reprodujo y las acompañó con artículos altisonantes. Y los demás medios lo copiaron. El aviso de Warren no hizo más que multiplicarse y atrapó la atención del público, que pronto empezó a comprar el betún. Dada la buena calidad, muchos nunca dejaron de hacerlo y Warren amasó una fortuna. Como dijo un empresario norteamericano del siglo pasado, P. T. Barnum, "Warren siempre atribuyó su éxito a su modo de engatusar al público con este método de publicitar su betún en Egipto, pero no engañó a sus clientes ni impuso nada mediante explicaciones falsas".



SECRETOS Y MENTIRAS Mike Leigh

Una y otra vez, nos sorprendemos a nosotros mismos con lo que ocultamos, con lo que deseamos, con lo que hemos hecho. Y con el fin de seguir, mentimos. Buenas intenciones se convierten en mentiras piadosas. El inglés Mike Leigh, en su film *Secretos y mentiras*, va desenvolviendo, escena tras escena, vidas cargadas de estas pequeñas piedras que abruma a personajes comunes atrapados entre el miedo y la esperanza, sentimientos que vienen de una misma fuente: la de los secretos y las mentiras que se han ido sumando como cuentas en los lazos que unen a una familia que intenta a duras penas salir adelante. El miedo viene del horror a que se develen los secretos, y de la esperanza y del deseo de que —por favor— también se develen.

NO SE TV La ficción es sin duda la esencia de la televisión, pero no sólo por las historias que nos cuenta. Ni siquiera lo que vemos es lo que creemos: la imagen de la pantalla no es más que una sucesión de puntos que van

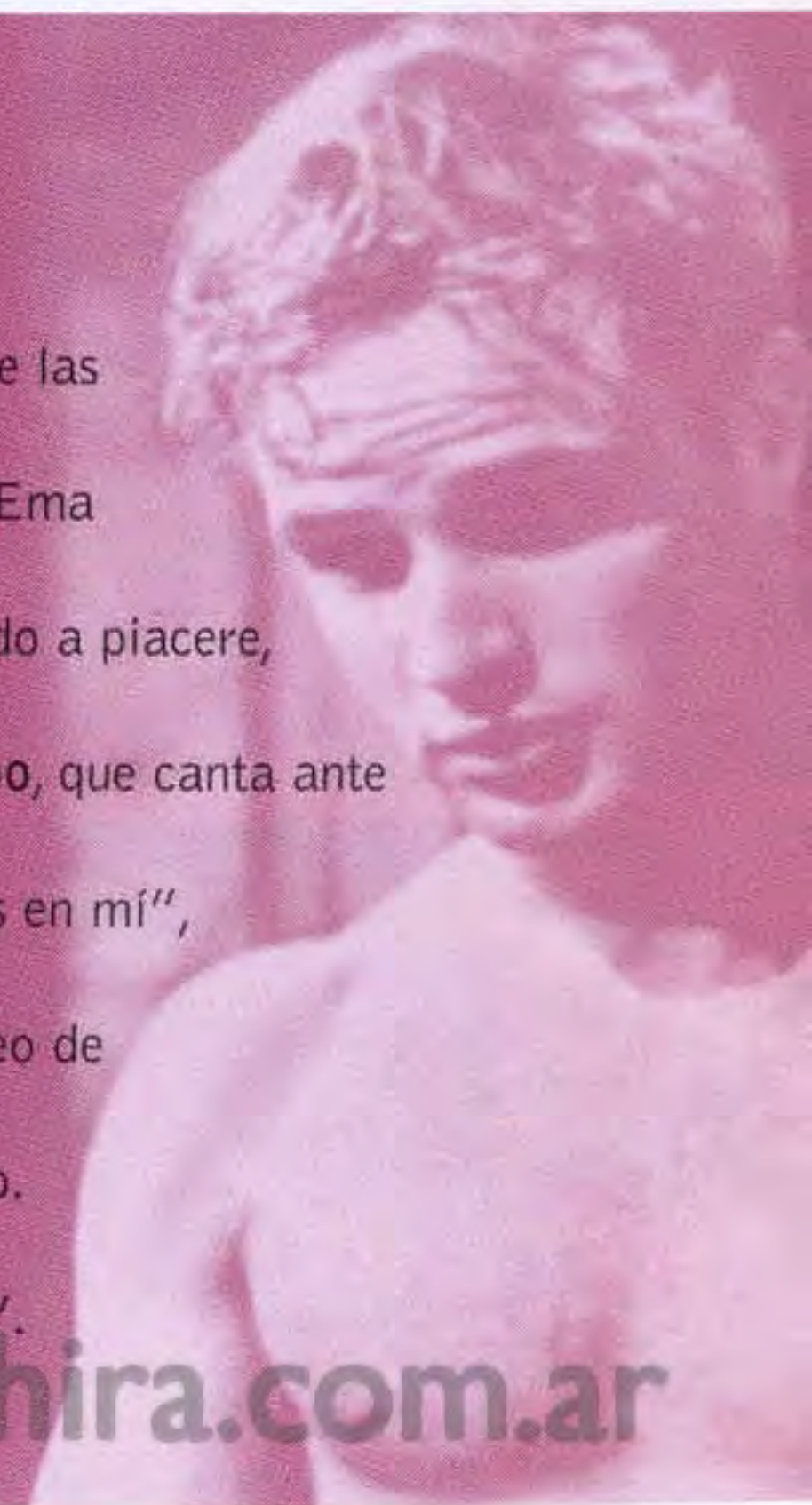
completando una grilla magnética y que, así como aparecen se van, dejando latente una imagen que creemos sigue ahí. Los puntos nunca están juntos. La imagen es sólo un producto de nuestro eficiente cerebritito. Traidor aparato...

El detector

Hacer pasar inadvertida una mentira no es tarea fácil. Desde empleados y jefes desleales hasta criminales con prontuario intentan zafar de la verdad con suspicacia. En contra de estos irreverentes mentirosos, Max Wertheimer creó en 1904 el detector de mentiras, un aparato capaz de grabar fenómenos fisiológicos como la presión sanguínea, el pulso y la respiración de un sujeto mientras se lo somete a un prolongado interrogatorio.

Un tranvía llamado Deseo

Construir castillos en las nubes y vivir de fantasías han sido unas de las obsesiones de entrañables personajes de la literatura: Don Quijote, Emma Bovary... Ellos han intentado hacer de su realidad un teatro montado a piacere, como Blanche DuBois, la protagonista de *Un tranvía llamado Deseo*, que canta ante la revelación de sus secretos: "No sería una invención si tú creyeras en mí", una verdad que derrumba las objetividades y que representa un deseo de todos, el que ella reprocha a los que la rodean: "No quiero realismo. ¡Quiero magia! Y no digo la verdad, digo lo que debería ser verdad".



DIGRESIONES

Truco

Tan acostumbrados como estamos a este juego de cartas, el truco nos tiene –a los argentinos– amarrados de pies y manos al vicio de mentir, una y otra vez, para salir airosos con los treinta puntos que se ganan con envidos, flores, retrucos y vale cuatros. Quienes hayan intentado enseñarlo a extranjeros habrán comprobado lo difícil que es transmitir las idas y venidas de este juego lleno de signos, de reglas y de señales que, sin embargo, van a ser corrompidas. Será tal vez porque nada está tan relacionado con esa astucia y esa “piolada” que nos caracterizan afuera: cómo nos enorgullecemos cuando estas inofensivas corrupciones pasan inadvertidas...



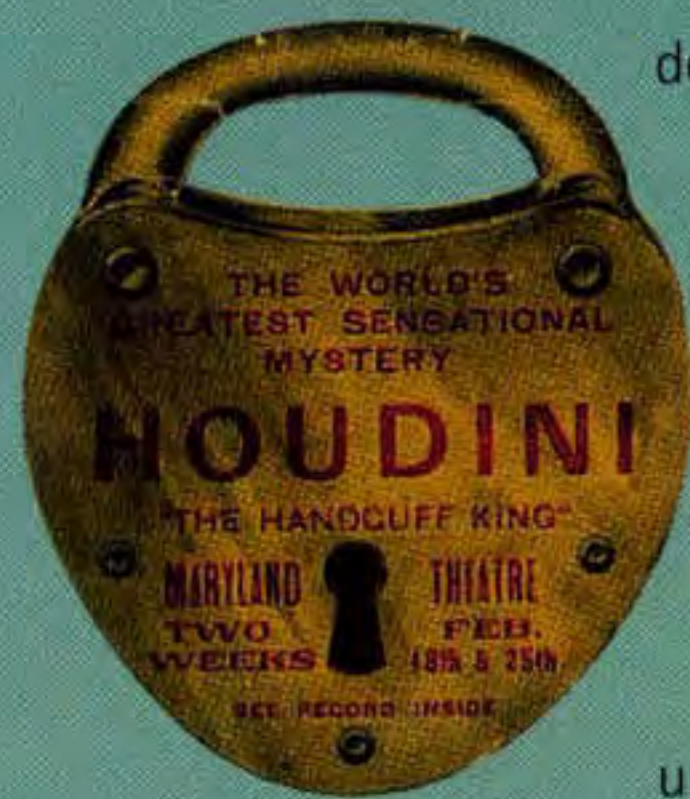
Curioso informativo

Decidió hacer la prueba. Un día de 1938, el actor, director y productor Orson Welles (1915-1985) demostró qué era la innovación. Y lo hizo con genio: utilizó el formato de un noticiero de radio para anunciar un ataque de invasores provenientes de Marte en el corazón de Nueva Jersey. Algunos supieron tomarse la prueba como una broma, y otros, crédulos, fueron burlados: cientos de oyentes sufrieron de pánico e incluso, algunos pocos, llegaron a protegerse de inexistentes rayos mortíferos.

Un pecado

En *El espejo y la máscara*, Borges cuenta que un rey pidió a un poeta poner en verso la historia de la guerra que habían ganado. El poeta siguió las órdenes y llevó al rey sus textos. Cuando por fin el poeta encontró la palabra que mejor describía la situación, se la dijo al rey al oído y le comentó: “Sentí cuando la descubrí que había cometido un pecado, quizá el que no perdona el Espíritu”. Y el rey, antes de darse muerte, le señaló que ahora compartían la belleza de una nueva verdad.

Sí, cariño



Harry Houdini se pasó la vida huyendo, tratando de escapar de las trampas que él mismo se ponía para sorprender con esa mentira fabulosa que llamamos magia. Y, como buen mago, lograba volver. Hasta que la última trampa con la que podemos encontrarnos, la muerte, lo tomó desprevenido allá por 1926. Fascinado por lo sobrenatural, le prometió a su esposa Beth que si él moría antes haría lo imposible para conectarse con ella desde el más allá. Beth le creyó y celebró una y otra vez veladas espiritistas, sin éxito. La promesa del mago se convirtió en involuntaria mentira.



VIAJE Jonathan Swift, en los *Viajes de Gulliver*, lleva al personaje a encontrarse con los “houyhnhnms”, criaturas tan racionales que no logran entender por qué los hombres son deshonestos. Como uno de ellos explica a Gulliver: “El uso del lenguaje está destinado a lograr la mutua comprensión y a recibir información sobre los hechos; si

alguien dice cosas que no son, se frustra esa finalidad”. Swift sostiene que los seres humanos no somos plenamente racionales, como los “houyhnhnms”, sino que poseemos tendencias e impulsos que simplemente no armonizan con la razón y esas tendencias son las que causan los vicios y los errores.

En cuestión de medio ambiente,
no dejamos nada en el aire.



Porque el gas natural se consume tal como sale de la tierra,
sin transformaciones ni procesos contaminantes.

Porque su combustión es limpia: no produce humos
ni cenizas, y sólo en un año evita lanzar a la atmósfera más
de 60.000 toneladas de dióxido de azufre.

Porque su transporte se realiza por gasoductos subterráneos,
sin contaminar el entorno ni alterar el paisaje.

Porque, tratándose de algo tan importante como
nuestro medio ambiente, no dejamos nada en el aire.



POR **Daniel Molina** Director del área de Letras del Centro Cultural Ricardo Rojas (UBA) y redactor del suplemento cultural de Clarín





HOY UN JURAMENTO, MAÑANA UNA TRAICIÓN

PASADO Y PRESENTE DE LAS CERTEZAS

A los dieciocho años, el joven dependiente de un almacén francés ya había padecido el tratamiento siete veces: su mal, en algunos casos crónico e incurable, necesitaba de un remedio si no eficaz, al menos doloroso. Mediante un hierro candente —y con un poco de alcohol barato como toda anestesia— le cauterizaban la uretra, única manera de tratar esa inexpugnable enfermedad llamada masturbación. Tan tenaz era la patología que incluso de noche se traducían en poluciones nocturnas y no había baños de agua helada que la impidieran, según cuenta Théodore Zeldin en su *Historia de las pasiones en Francia entre 1845 y 1945*.

De todas las disciplinas científicas,

la medicina es una de las más fértiles en producir esas verdades incuestionables que, después de un tiempo, son vistas como creencias ridículas o absurdas. Sin embargo, mientras se las considera eficaces producen tanto dolor que la risa de la posteridad no logra cicatrizar nunca las heridas de las víctimas del saber médico. La historia está plagada de "enfermedades" que desaparecieron, no porque hayan sido erradicadas, sino porque dejó de considerárselas enfermedades.

La masturbación, justamente, ha sido una de las prácticas humanas más difundidas: no hay cultura que no la conozca, es difícil encontrar individuos que no se rindan a sus encantos. Sin

embargo, en el siglo XVIII, la ciencia médica comenzó a ver la masturbación como una enfermedad —y de las más terribles—. En 1760 apareció sobre el tema el célebre tratado *Onania*, del Dr. Tissot, y se lo reeditó sin pausas hasta 1905 (es uno de los libros de medicina que más ediciones ha tenido).

El placer solitario masculino, decían los médicos del siglo XIX, conducía a un rápido deterioro. La masturbación femenina también era mal vista porque atentaba contra la moral, pero no se consideraba que la mujer enfermase físicamente debido a esta práctica, ya que se creía que era capaz de experimentar placer sexual ilimitado. Al varón onanista, en cambio, lo amenazaban la locura, la senilidad precoz, el debilitamiento de todas las funciones vitales y hasta la muerte prematura. La medicina presentaba a los onanistas como un ejército de individuos esqueléticos, ojerosos, pálidos y casi amnésicos. Una imagen que aún perdura en el imaginario popular.

¿Cómo combatir semejante mal? Los libros especializados de la época incitaban a la familia a la vigilancia doméstica. Los médicos aleccionaban a los padres para que previnieran a sus hijos: el adolescente, decían, por su inexperiencia, por la sensación placentera que el mal provoca en sus infelices víctimas, está especialmente expuesto a esta enfermedad. Para los onanistas rebeldes, los especialistas proponían (todavía en 1914) un corsé o aparato ortopédico —una especie de medieval cinturón de castidad— que hacía imposible la detestable práctica. Para los que no podían contenerse de ninguna manera, para los que aun con el corsé brutal seguían rebelándose con sus poluciones involuntarias (tan condenables como las prácticas conscientes), se recomen-



daba despertarse varias veces durante la noche, dormir poco, dormir sentado y, por último, un remedio extremo y mucho más popular de lo que se supondría hoy: la cauterización, que, como se comentaba al inicio, se aplicaba en forma reiterada si no producía el éxito deseado.

Por alguna extraña razón, supe escribir y sumar algunos años antes de ir a primer grado, pero aprender a leer me costó mucho. Cuando la maestra me llamaba al frente para que leyera en voz alta, yo inventaba historias espontáneamente. Apenas pasaba al frente me mandaba un cuento que sólo existía en mi imaginación. Mi relato tenía una

mínima relación con el libro de lectura: la historia se apoyaba en la imagen que acompañaba el texto que tendría que haber leído. Han pasado casi 40 años, pero la memoria pone frente a mis ojos, con una abundancia de detalles que me asombra, la lámina que desencadenó el enojo más serio de mi maestra de primer grado: en un aula en miniatura se ve una rata, vestida de maestra, recriminándole algo a un ratoncito, que lleva puesto un guardapolvo parecido al que usaba yo.

A medida que "leía" (es decir, que avanzaba la historia que yo imaginaba mientras posaba la mirada en el libro), los chicos empezaban a reírse y la maestra a abrir la boca y los ojos en exagera-



La historia de los medios, tan plagada de ficciones, permite sospechar de la asociación entre periodismo y verdad

da mueca de sorpresa. Yo no sabía aún que las letras eran signos universales. No sabía tampoco que los textos que teníamos los alumnos decían lo mismo. Suponía que las letras eran dibujos abstractos que nos incitaban a inventar a cada uno su cuento. De a poco fui comprendiendo que la gran diferencia entre la verdad y la mentira era convencional: si usamos diferentes códigos (o si le damos diferentes valores a un mismo código que compartimos con los demás de un grupo), se llama a eso "mentira". Decir la verdad significa decir lo que el otro espera, lo que ya sabe, consiste en repetir siempre lo mismo, en no inventar nada, en no pensar nada.

Quizá por eso la exclamación "¡Qué cosas se le ocurren a este chico!" fue la frase más escuchada en mi infancia: así eran recibidos mis relatos infantiles. Yo era un niño parlanchín, que siempre estaba inventando historias: apenas alguien narraba un cuento, lo incorporaba a mi vida y creaba así un mundo nuevo. Me costaba distinguir el mundo empírico del imaginario, lo "verdadero" de lo "falso". No comprendía cómo hacía la gente grande para descubrir que lo que yo contaba no me había pasado de verdad. ¿Acaso lo que imaginaba no era tan diferente de lo que efectivamente ocurría? De eso no me curé jamás. Sin embargo, aprendí a fingir: los otros creen que yo también acepto

sus coartadas. Gracias a eso, desde hace muchos años trabajo de periodista.

Son muchos los periodistas que creen que su deber es decir la verdad. Especie de mundanos e ingenuos Testigos de Jehová, sueñan con alcanzar la salvación del alma a través de la publicación de alguna denuncia que haga tambalear al sistema. La abundante evidencia en contra no los amilana: la historia del periodismo está tan plagada de ficciones apenas disimuladas y de militantes construcciones ideológicas (sin hablar de los grandes fraudes conscientes) que se puede sospechar de esa asociación entre periodismo y verdad que les gusta cultivar a los medios masivos. Un repaso exhaustivo de

fraudes periodísticos podría ser interminable. Aquí va apenas una breve lista de casos recientes.

Uno de los más destacados es el que protagonizó Peter Arnett, el más famoso corresponsal de guerra de la CNN. Su carrera comenzó en Vietnam, denunciando el lado oscuro de la intervención. Esa cobertura le valió con justicia el premio Pulitzer de 1966 y significó el comienzo de una de las carreras más brillantes en la historia del periodismo norteamericano. Arnett ocupó durante años el rol estelar de la CNN. A comienzos de los 90, durante el conflicto del Golfo Pérsico, fue el encargado de transmitir desde Bagdad mientras las bombas caían a su espalda.

Sin embargo, a mediados del año pasado Arnett fue despedido por haber sido el responsable máximo del mayor papelón en los 20 años de historia de la famosa cadena de noticias. A mediados de 1998 la CNN difundió un reportaje titulado "Tailwind", en el que se contaba la historia de una supuesta operación militar de los Estados Unidos contra sus propios desertores durante el conflicto de Vietnam. El reportaje, que había sido chequeado por Arnett, afirmaba que los desertores habían muerto bajo una nube de gas sarín provocada por sus ex camaradas de armas. La noticia era fuerte: se transformó en un escándalo nacional y obligó al Pentágono a iniciar una investigación interna. Pero, pocos días después de emitida, la CNN tuvo que admitir públicamente que no contaba con evidencia suficiente.

Otros recientes casos de mentiras periodísticas admitidas por la propia prensa (apenas una punta del iceberg) son los de Patricia Smith y Stephen Glass. En junio de 1998 Patricia Smith publicó en *The Boston Globe* una conmovedora historia, basada en el coraje de

Al varón que se masturbaba lo amenazaban la locura, la senilidad y el debilitamiento

una mujer que sufría cáncer cerebral. Apenas días después de haber alcanzado la fama con una nota que comentaba toda la ciudad, Patricia Smith reconoció que su historia era falsa. Stephen Glass fue despedido a comienzos de este año del periódico norteamericano *The New Republic* por inventar una nota sobre un tema que está de moda: la vida de un joven pirata informático.

En estos tres casos, el motor que llevó a los profesionales a romper las reglas básicas de su profesión fue la necesidad, cada vez mayor, que tienen los medios de publicar historias conmovedoras o denuncias audaces como efímeros ganchos para conservar público.

Diferente parece el caso más polémico del periodismo alemán: el de Tom Kummer. A fines de mayo, el prestigioso diario alemán *Sueddeutsche Zeitung*, de Munich, se disculpó ante sus lectores por haber publicado más de 30 falsas entrevistas a celebridades —entre las que se encuentran Sharon Stone, Courtney Love, Brad Pitt e Ivana Trump—. Todas las entrevistas habían sido realizadas por Tom Kummer y fueron editadas en la revista *SZ Magazin*, que acompaña al diario. El caso se transformó en el escándalo periodístico más serio que se ventiló en Alemania desde que, a comienzos de los 80, la revista *Stern* cayó en desgracia por publicar un supuesto diario personal de Hitler. Kummer negó que las entrevistas fueran falsas: él dice que su técnica, tomada del cine, es el montaje, y que

eso lo autoriza a tomar declaraciones de sus "entrevistados" de cualquier medio y mezclarlas como se le ocurra. "El producto final es una entrevista tan 'montada' como cualquier otra, ¿o se creen que la edición es un procedimiento inocuo?", declaró el creativo Tom Kummer.

Cuando en 1981 el mundo se le vino encima, Janet Cooke podría haber argumentado algo similar a lo de Kummer, pero en el puritano medio periodístico de los Estados Unidos esa posición hubiera sonado a herejía. En ese año, la periodista norteamericana ganó el premio Pulitzer por su investigación sobre un niño de ocho años que se drogaba con heroína. La historia fue publicada originalmente en *The Washington Post* y conmovió al mundo: incluso en la amordazada Argentina de la dictadura militar fue leída con pasión. Janet Cooke sabía narrar: no sólo transmitía información cruda, sino que recreó con maestría el ambiente social del chico, su mundo familiar y cultural, la desesperanza esencial en la que vivía. Lograba conmover al hacer comprensible para un lector ajeno a ese universo la tragedia de un pequeño sin futuro. Pero, poco después de recibir el premio, acosada por sus editores —los mismos que habían producido años antes la caída de Nixon por el affaire Watergate—, Janet Cooke tuvo que confesar públicamente que la historia era inventada. Fue despedida del diario y comenzó una nueva vida, refugiándose

CUCAIBA 0-800-222-0101



SEAMOS DONANTES

Centro Único
Coordinador
de Ablación
e Implante
de la Pcia.
de Buenos Aires.

BUENOS AIRES
PARA TODOS
GOBIERNO DE LA PROVINCIA
MINISTERIO DE SALUD

Hubo un tiempo en que las aventuras del pensamiento eran posibles: aún la verdad sagrada no exigía obediencia

en el anonimato. Janet había roto el pacto periodístico, que se funda en el sueño imposible de transmitir la verdad objetiva: a ella le importó más contar una buena historia que preocuparse por que fuese cierta.

El mundo occidental vivió una época apasionante: fue durante esos 800 años que van de la era de Pericles al final del Imperio romano. Ese fue el tiempo en el que el hombre vivió sin muletas: los dioses ya se habían retirado y Dios aún no había llegado. Todas las aventuras del pensamiento eran posibles porque no había una verdad sagrada que exigiese obediencia. Se celebraban los ritos dedicados a los dioses olímpicos, pero ya nadie creía en ellos. Todos sabían que el culto era una cuestión política. El respeto por la diversidad, que se basaba en la convivencia de cientos de culturas, costumbres y lenguas diferentes bajo el pabellón imperial, hacía inconcebible algo tan autoritario como ese Dios único, eterno y todopoderoso que comenzó a reinar hacia el 360 y murió en el siglo XVIII. Esa ausencia de un sentido absoluto permitió que Occidente pudiese creer en la imaginación. Fue la época en la cual no reinó la verdad. El tiempo del arte.

Poco antes de ese tiempo sin dioses (hacia mediados del siglo V antes de nuestra era), Platón inventó la verdad. Para que no se produjeran situaciones embarazosas (como la que le ocasionó Janet Cooke a *The Washington Post*), Platón propuso expulsar a los artistas de la re-

pública gobernada por los filósofos. Para el pensador griego, los artistas no sólo no dicen la verdad, sino que tienen la irrefrenable vocación de cuestionarla, de subvertir el orden y de trastornar el pensamiento racional. Peor aún: si el artista es tan grande que su invención es demasiado buena, ya no se sabe si su obra es "pura imaginación" o, si lo que dice es verdadero, se corre el peligro de tomar por cierta una mentira o de amar más a lo que es bello que a lo que es cierto.

Desde Platón hasta hoy, los que creen en la verdad la definen como una relación entre el pensamiento y el objeto del pensamiento: esa relación entre objeto y sujeto se denomina "adecuación" o "coincidencia". Si lo que se piensa de una cosa coincide con lo que la cosa es, si lo que el lenguaje dice de algo se adecua al referente, entonces estamos pensando o diciendo una verdad. El famoso ejemplo de Bertrand Russell en *Principia Mathematica* resume los 25 siglos de la historia de la verdad en una ecuación ingeniosa. Russell escribió: "La nieve es blanca es verdadero si la nieve es blanca" (que debe entenderse así: "La frase 'la nieve es blanca' es verdadera si en el mundo real la nieve es blanca").

¿Qué estratagema usa la ciencia para dictaminar que algo es verdadero? La lógica formal dice que una frase (o "proposición", en terminología lógica) puede ser verdadera (o falsa, da lo mismo) sólo si cada uno de sus términos tiene un referente real, único y no am-



biguo. Es decir, en lenguaje corriente, si cada palabra o grupo de palabras denomina un solo objeto o una acción identificable y única.

En la frase "la Luna gira en torno a la Tierra", tenemos que "Luna", "girar en torno" y "Tierra" son términos con referentes claros: entonces podremos decir que es verdadera (si logramos demostrar que eso ocurre en la realidad). Pero, según este esquema, de la frase "la voz del pueblo clama justicia" ¿qué



se puede decir? Para la lógica esa frase no es verdadera ni falsa, no pertenece al mundo de la ciencia sino al de la política, porque tiene un término ("la voz del pueblo") que no remite a ningún referente claro, no ambiguo. Según quien lo diga, "la voz del pueblo" significará algo distinto: es una metáfora.

El problema (para la lógica) es que el lenguaje es un laberinto de metáforas, una catedral de símbolos ambiguos. La ciencia prefiere imaginar que

es posible conocer un mundo que estaría fuera del lenguaje, pero no hay nada humano (ni siquiera el conocimiento científico) fuera del lenguaje. El científico lamenta que deba "usar" el lenguaje para referirse al "mundo": sabe que las palabras "ensucian" el saber científico, lo cargan de sentidos que incomodan, constantemente amenazan tornarlo ambiguo. Perdido en el bosque de los signos, el científico se ilusiona con el saber místico, en el que el su-

jeto pueda comunicarse con el objeto sin la mediación de las palabras.

Mi infantil fervor religioso era tan acentuado que, cuando fui confirmado, el obispo auguró que yo también sería obispo. Yo esperaba que Dios estuviese allí para darle sentido al caos incomprensible del mundo. Si El existía, el mundo tendría sentido. A los ocho años era un fiel medieval: quería creer en cualquier cosa que dijera el catecís-

Como mi espíritu era poco afecto a la ciencia, busqué lo verdadero en la militancia política

mo y vivía reflexionando sobre los misterios de la fe que me resultaban arcanos. La resurrección de la carne y la vida eterna, la virginidad de María y la Santísima Trinidad no me causaban muchos problemas: pensaba que lo que no podía entender se debía precisamente a que eran "misterios" (y serían unos misterios de pacotilla si la pobremente de un niño fuese capaz de descubrir el secreto de Dios). Lo único que me torturaba de la religión —y por religión no podía imaginar ninguna otra que la que profesaba la Iglesia Católica, apostólica y romana— eran esas creencias que estaban entre la fe verdadera y la superstición, pero que abundan en la vida cotidiana de los creyentes. Me torturaba que hubiese que amar a Dios más que a los padres. Tampoco entendía por qué uno debía santiguarse cada vez que pasaba por una iglesia: ¿Dios sería desmemoriado y no podría recordar que lo habíamos saludado apenas tres cuerdas atrás, cuando pasamos por la otra iglesia? De cuestiones parecidas a estas estaba embargada mi alma de niño misionero.

Era el patriarca de una iglesia para niños inventada por mí, que —lo sospecho ahora— debía ser poco ortodoxa, pero que era muy fastuosa: el altar, armado en una de las dependencias que había en el patio trasero de mi casa, constaba de varios pisos y estaba forrado de terciopelo y recargado de encajes; había conseguido muchos jarrones que atiborraba de flores que cambiaba a diario; abundaban las velas y las imáge-

nes de santos. A mi iglesia concurrían varios niños del barrio que se arrodillaban ante la imagen de Cristo y juntaban sus manitas devotas con un recogimiento que no se les veía cuando sus madres los arrastraban a la iglesia oficial. Sin embargo, pocos años más tarde, apenas ingresado al colegio secundario, comprendí que lo que amaba de la religión era su carga imaginaria, su permiso para el disfraz (lo mejor de ser obispo consistía en poder usar esos trajes de carnaval, hechos con las telas más raras, adornadas de oro y piedras preciosas).

Era un adolescente ingenuo: cuando la religión mostró su disfraz sin máscara, dejé de creer en ella. Sin embargo, aún creía en la verdad. Aún no sabía que la verdad es la mentira que oculta su cara: la mentira que miente. Como mi espíritu era poco afecto a la ciencia, mi búsqueda de un mundo verdadero desembocó en la militancia política. Eran los 70 y la revolución estaba a la vuelta de la esquina: otra vez fui un cruzado de la fe.

En el siglo XVII los políticos europeos creían que la única opción económica válida era el monopolio. Los economistas todavía no habían nacido, pero la filosofía moral ya "explicaba" *ex post facto* lo que sucedía: el monopolio era indudablemente bueno a los ojos de Dios si con él se enriquecían los imperios —en la España de Felipe o en la Inglaterra de Isabel, eso significaba que también debía serlo a los ojos de los hombres—. Un siglo más tarde, Adam

Smith desprendería la ciencia económica de la filosofía moral, aunque apostando a una libertad de comercio y de espíritu que asustaría a los liberales vernáculos si alguno de ellos se tomase el trabajo de leer las 2.000 páginas de *La riqueza de las naciones*. Esa argucia argumentativa ("explicar" lo sucedido después de que sucedió, pero venderlo como si fuese una predicción) se desarrolló hasta la perfección en una de las ramas del moderno pensamiento económico: la que se encarga de analizar los mercados y realizar predicciones bursátiles.

Recuerdo la primera vez que una predicción bursátil me permitió descubrir que los analistas económicos son los personajes más inescrupulosos que uno se pueda imaginar (en esta esfera el





crimen paga: mientras más mentiras transforme en creencias sociales que se tomen por verdaderas, más dinero ingresará a la cuenta del "analista"). Fue una mañana, muy temprano, al comienzo del plan de convertibilidad, cuando la Bolsa de Buenos Aires batía récords todos los días. En aquella época yo ponía mi radio-reloj en América para que me despertase Bernardo Neustadt. Por entonces (era mediados de 1991) me costaba levantarme temprano, pero oír a las siete de la mañana la voz de Neustadt (una voz que no conoce la duda) defendiendo a los gritos alguna injusticia brutal me daba tal indignación que casi me tiraba de la cama para llegar cuanto antes hasta el aparato y bajarle el volumen.

La mañana en la que descubrí cuán impunemente realizan predicciones los analistas económicos fue uno de los momentos epifánicos de mi vida. Me recuerdo dudando: no sabía si bajar el volumen o apagar la radio. Algo dentro de mí se resistía a dejar mudo al aparato. Ese instante de vacilación me permitió escuchar que Neustadt entrevistaba a dos de los más importantes gurúes económicos de la Argentina: por vergüenza ajena no voy a decir sus nombres, pero son muy conocidos porque los citan todos los medios periodísticos y asesoran a las principales empresas. Los "prestigiosos analistas económicos" mantenían una disputa virulenta: uno decía que a fin de 1991 la Bolsa de Buenos Aires iba a tener un

volumen de operaciones sólo comparable a las principales bolsas europeas (arriesgaba que, en un día malo, en Buenos Aires se negociarían entre 100 y 150 millones de dólares en acciones, "más que en Milán", graficó). El otro estaba horrorizado: "¿Cómo te animás a decir que el volumen será de apenas 100 millones? ¿Vos creés que Buenos Aires va a tener menor movimiento que México o San Pablo? ¿Para quién trabajás, para el Partido Comunista?", dijo. Como dos comadronas de conventillo, los máximos gurúes económicos de la triste city porteña se agarraban de las mechas en pleno programa de Neustadt. Huelga decir que la Bolsa de Buenos Aires nunca llegó a 100 millones de dólares de operaciones ni, menos aún, igualó a las más importantes de América latina (encima, a fines de 1991 sufrió una fuerte baja) y ni soñó jamás con alcanzar los volúmenes de Europa.

Ningún periodista económico con algún peso en los medios argentinos publicó nunca un relevamiento de todas las predicciones fallidas de los grandes asesores de la city (que no sólo siguen siendo prestigiosos e indiscutidos, sino que ganan millones). Tampoco las confrontó con lo que efectivamente pasó (lo que, en cualquier país que sea menos chanta que este, sería de rigor). Si las grandes empresas (o los principales medios periodísticos) se preocuparan por chequear la información económica que reciben o generan (especialmente, las predicciones de los analistas) se escandalizarían al comprobar cuánto dinero han derrochado en inútiles asesores. El capitalismo local es un sistema que funciona solo: no necesita las falaces predicciones argentinas. Los gerentes locales introducen problemas. El día que los accionistas de las



Ningún periodista económico publicó un relevamiento de las predicciones fallidas de los asesores de la city

grandes empresas que operan en el país lo comprendan se les acabó el negocio a los sonrientes rugbiers de San Isidro.

La verdad es el momento en el que la mentira se avergüenza de ser mentira, quizá por eso la verdad no es una creencia cualquiera, una creencia entre otras: la verdad transforma a sus creyentes en militantes del resentimiento. El cristianismo —la religión que San Agustín imaginó como una celebración del amor— se transformó, gracias al dogma de la verdad, en la excusa que permite odiar a los que son diferentes sin sentir culpa. Las verdades científicas cuando se transforman en absolutas están destinadas a fracasar, pero mientras se cree en ellas provocan un dolor que sólo se puede comparar con el que nace de la dominación política o a causa de los condicionamientos de la economía (“condicionamientos” que son la forma impersonal del poder en su dimensión inhumana).

El mundo es un lugar muy poco confortable. Nietzsche compara la vida humana con el sentimiento que tiene

alguien que se sueña cabalgando en el lomo de un tigre. Ese universo ajeno, amoral y esencialmente caótico siembra terror en el alma. Para sobrevivir en un mundo hostil, el hombre desarrolló una casi infinita capacidad de ilusión. Es más, no posee otra arma que esa: soñar, imaginar, creer. La mentira no es una violación de la verdad, no es el ocaso de la verdad: la mentira es todo lo que hay. La verdad con la que sueñan las religiones reveladas, los periodistas ingenuos, los científicos positivistas y los políticos autoritarios es el mayor y el más doloroso de los engaños. Apenas si da una ilusión de seguridad a los débiles, pero lo hace a cambio del dominio: la verdad nos obliga a creer que es el único camino. Por el contrario, la mentira (la ficción, la ilusión, el arte) nos permite imaginar un sentido sin esclavitud. Nos deja soñar en que quizá podamos convertirnos en poetas de nuestra vida.

A mí, al menos, me lo permitió. Yo estaba enamorado del Príncipe Valiente. Aunque era muy pequeño como para leerlos, ya tenía los libros de la

colección Robin Hood, que estaban llenos de láminas ilustradas. A través de esos dibujos yo me comunicaba con un universo maravilloso: cada lámina echaba pasto seco a las llamas de mi imaginación. A mí me fascinaba la me-lenita que usaba el héroe, ese corte de pelo que todavía lleva su nombre. En algunos detalles que el ilustrador del Príncipe Valiente prodigaba aquí y allá, yo entreveía un mundo que se asemejaba a mi deseo. Esa pollerita de metal, que mi héroe solía usar sobre unos extraños pantaloncitos (parecían calzas de nylon *avant la lettre*), me permitía imaginar una armadura pensada para que la usáramos los infantes mariquitas: soñaba que gracias a esa protección, fuerte y grácil a la vez, los niños raros podríamos enfrentar indomnes el acecho del mundo atroz.

Ya entonces amaba los disfraces. Recuerdo que iba en un tranvía (fines de los años 50 en un Buenos Aires de calles adoquinadas) y mi tía Fela me mostraba las fotos de disfraces de carnaval que traía una revista femenina: yo me enamoré del disfraz de gallito. Estaba cansado de ser pirata o gauchito: quería tener plumas de colores, un pico amarillo rabioso y una cresta tan roja que al verla hubiera que entrecerrar los ojos. El disfraz y la máscara: las únicas armas con las que podemos ser auténticos. Faltaba una década para que yo leyera a Oscar Wilde, pero ya estaba comenzando a entenderlo. “Si se le pide a un hombre que nos cuente su vida, mentirá; démosle una máscara, y nos dirá la verdad”: esta frase de Wilde ya la hubiera entendido a los seis años ■

Las fotos de Marcos López pertenecen a su trabajo “Pop latino”.

ESCUCHÁ SÓLO LO QUE VOS QUERÉS.
ESCUCHÁ SÓLO LO QUE TE GUSTA.

Lunes a viernes: 06 a 09 hs.: Duggan's Report.
09 a 12 hs.: Mambo Revue.
12 a 17 hs.: Play-Runner.
17 a 19 hs.: El Probador.
19 a 21 hs.: El Lounge.
21 a 23 hs.: Perdidos en la Web.
23 a 06 hs.: Trasnóche Nostalgie.
Sábados y domingos: Weekend Nostalgie.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.vahra.com.ar

NOSTALGIE

106.7 FM BUENOS AIRES

Ponés la radio y te encendés vos.

CARRUSEL

tu mirada me perturba

Ya no estamos atados a lo que "natura non da": la nuestra es la cultura del "Salamanca presta". Si no presta al menos vende, alquila o da en consignación. Lo cierto es que, oculistas mediante, podemos transformarnos en alguien que estéticamente no somos. Y que naturalmente no podríamos ser. No hemos visto a nadie que tenga en su mirada

la bola 8 del pool. Pupilas violetas u ojos de lince —al estilo Marilyn

Manson— tampoco se han visto por las praderas del Señor, pero si uno mira a los ojos de la gente podrá encontrarlos en algunos de los reductos desde donde la noche porteña se observa a sí misma. **Galerías Bond Street, Santa Fe entre Paraná**

y Rodríguez Peña. Los precios de los lentes de contacto van desde \$ 120 hasta \$ 400, cada uno (no el par)



Relojes imitación Rolex: \$ 12,99.

En los alrededores de Retiro.

Relojes Rolex: desde \$ 3.300.

En Ricciardi, Florida 1001

Rosas de plástico, 14: \$ 3,90

Potus artificial: \$ 4,50.

Francys, Corrientes 2416

Rosas naturales, la docena:

desde \$ 12 a \$ 18.

Potus natural: de \$ 5,90 a

\$ 6,50. Romy, Corrientes 939

Pelucas naturales, colores

varios: desde \$ 350 a \$ 900. El mundo de las pelucas, Junín 369

Jamón cocido con fécula:

\$ 1 x 100 g.

Jamón cocido sin fécula: a partir de \$ 1,59 x 100 g. Crudos de Buenos Aires, Santa Fe 2841

DIRECCIONES

tu voz me suena a...

A principios de la década del 90 surgió un dúo de rap llamado Milli Vanilli. Eran dos alemanes que habían ido a probar suerte a los Estados Unidos. Les fue bien. Grabaron varios discos y se hicieron famosos. Pero en una conferencia de prensa un productor dijo que no eran ellos quienes cantaban ni en los discos ni en los shows. Y el pueblo salió a las calles: los fans de la banda quemaron y rompieron sus discos. Se sintieron estafados, engañados. Pocos años después, uno de ellos se suicidó al no reponerse de la depresión que le causó darse cuenta de que había defraudado a muchos oídos que creyeron escucharlo. El otro actualmente canta en pequeños bares norteamericanos. **www.musimundo.com**
"All or nothing" (Milli Vanilli) \$ 27,76 incluye gastos de envío desde los Estados Unidos.

muchacha, pechos de miel

"Creé en los milagros" es la frase que eligió la firma Victoria's Secret para promocionar su New Liquid Miracle Bra, que no es otra cosa que un coqueto corpiño relleno con agua.

La lencería femenina crece a pasos agigantados, al igual que la sorpresa que nos llevaríamos

si encontramos que esos "pechos opulentos" con los que soñamos más de

una noche son, en rigor de verdad, artificiales.

Parece que, si llevarse al mundo por delante tiene que ver con la

resistencia que su pecho oponga a los reveses de la vida, ahora cualquiera

puede lograrlo pagando entre \$ 21 y \$ 48 más alrededor de \$ 8

en concepto de gastos de envío. **www.victoriasecret.com**



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tamagotchi

Fueron furor hace unos años. Publicitadas como mascotas, sólo tienen corazón virtual: nada de existencia verdadera se puede rastrear en estas programaciones de software. Su vida viene garantizada por X tiempo. Comerán cada X horas y, de no accionar los botones indicados en el momento preciso, morirán. Estos pequeños dispositivos irrumpieron en las jugueterías hace apenas algunos años y ganaron adeptos entre los escolares, al punto de que en varias escuelas se les prohibió la entrada a las aulas. Hoy, pasaron de moda y ya son difíciles de encontrar. Eso sí: existen cementerios en la Web para ellos. www.badrise.u-net.com/cybervet.htm



“ NO PERMITAS QUE
LA VERDAD SACRIFIQUE
PREMISA DEL PERIODISMO AMARILLO
UNA BUENA HISTORIA ”

intelectuales

El físico Alan Sokal quiso dejar en claro que los especialistas en ciencias sociales utilizan algunos conceptos de manera demasiado liviana. Para probarlo, publicó en 1996 el texto “Transgresión de los límites: hacia una hermenéutica transformativa de la gravedad cuántica”, en la revista científica Social Text. Este trabajo significó un tirón de orejas a los responsables de ese medio y, por extensión, a quienes lo leían: tanto el editor como el público supieron, luego, que todo había sido un engaño. Sokal cuenta sus experiencias en un libro por el que hoy se pelean los académicos. **“Imposturas intelectuales”, Ed. Paidós, serie Transiciones, \$ 27**

las patas de la mentira

La democracia tiene un vicio: consiste en prometer para conseguir votos y conseguir votos para gobernar. Entonces, las promesas de los políticos no se hacen esperar. En discursos o presentaciones televisivas se les escapan —en algunas ocasiones— los verdaderos pensamientos que sostienen sus estrategias y, actos fallidos mediante, salen a la superficie. El psicólogo Miguel Rodríguez Arias tuvo la certeza de que esto sucedía más frecuentemente que lo que llegaba a percibirse. Y grabó muchísimas horas de programas políticos de aire y cable desde 1983. Y lo editó en formato de video. Y se llama “Las patas de la mentira”. Y se puede conseguir por \$ 20 en la mismísima productora de Rodríguez Arias.

Productora Metrópoli: 4854-9524

Archivo Histórico de Revistas Argentinas



SI NO SABÉS SI LEER
UNA REVISTA DE CINE,
O UNA DE MÚSICA,
O UNA DE ACTUALIDAD
ENTONCES YA SABÉS
QUÉ REVISTA LEER.

LA REVISTA MÁS IMPORTANTE
DE LA CULTURA JOVEN MUNDIAL.
ROLLING STONE SUSCRIPCIONES, TEL.: 4514-4070
TODOS LOS MESES EN TU QUIOSCO.

Rolling Stone

revista LATIDO
CASILLA DE CORREO 144
SUCURSAL 12 (B)
1412 - BUENOS AIRES

UN ESPACIO PARA COMPARTIR

revista LATIDO

Casilla de Correo 144, Sucursal 12 (B), 1412 Buenos Aires

e-mail latido@giga.com.ar

Estamos a tiempo

Cuando se habla de maltrato —el tema de Latido del mes de junio— automáticamente visualizamos una cara con moretones, un labio partido o un ojo hinchado. Luego viene a la memoria una espalda de niño marcada a golpes y un brazo o una pierna fracturados en el forcejeo. Pero rara vez nos imaginamos una mujer abandonada, un chico que está solo, un desocupado, un jubilado pidiendo monedas en el semáforo o una quinceañera gorda.

Coincido con la mayoría en relacionar el maltrato con el daño físico, pero no por eso dejo de lado esa herida lenta y profunda que causan los silencios prolongados, la discriminación o el dolor de quien se siente excluido porque es viejo en una sociedad que sólo quiere jóvenes.

Recuerdo los meses anterio-

res a separarme, cuando una amiga me dijo que no tenía por qué soportar los maltratos de mi ex. Sobresaltada, le respondí que nunca me había golpeado. Demasiado tiempo después comprendí a qué se refería. Las palabras hirientes, la indiferencia, el trato ofensivo y los largos días de silencio y apatía duelen como una bofetada, pero a diferencia de los golpes, sus marcas tardan años en cicatrizar.

Es un maltrato sutil, socialmente aceptado, como la discriminación que puede sentir una adolescente que no encaja en los cánones de belleza que impone la sociedad argentina, donde pesar más de 60 kilos puede ser todo un problema y convertirte en blanco fácil de las cargadas de tus pares. Es una verdadera tortura para estas jóvenes tener que probarse ropa en un

comercio donde las prendas parecen hechas para muñecas y las vendedoras no superan los 40 kilos.

Y qué puedo decir de los jubilados. A ellos no los dejó un hombre, los abandonó la sociedad entera. Ellos no temen perder la silueta, no tienen qué comer. Nadie golpearía a un anciano, pero todos seguimos nuestras vidas mientras ellos pelean por subsistir con 160 pesos mensuales y una asistencia pública casi nula. Dejar que vivan así es maltratarlos. No darles un servicio de salud digno es ofensivo. Todos nos sentimos, en algún momento de nuestras vidas, maltratados. El prójimo es el que está al lado. No lo olvidemos, todavía estamos a tiempo.

MARÍA TRABUCCO

mariatrabucco@hotmail.com

¿Somos espectadores?

Los descubrí cuando en el aeropuerto de Ezeiza le negué al amable quiosquero todas las publicaciones que me ofrecía. Ante mi sentencia —“quiero algo para leer y pensar”—, me contestó: “Tengo algo ‘para sentir y pensar’”. Confieso que me atraparón el nombre y el slogan y, especialmente, me fascinó que tuvieran un cuento, como aquellas viejas revistas que leía mi abuela.

Si bien el objetivo de mi viaje era no pensar en nada y pasear por las hermosas playas de Salvador de Bahía, gracias a Dios sentí y pensé bastante.

Me pregunté, por ejemplo, por qué tengo esa lealtad exagerada en el ámbito laboral.

¿Será para poder disfrutar de esta fugaz escapada con mi marido en un hotel cinco estrellas y vengarme de las privaciones de mi niñez?

Con la suscripción de **LATIDO**

Suscribite a Latido y recibí de regalo dos ejemplares a tu elección.

Un año (12 números)

Argentina \$ 54.-
Uruguay, Brasil, Paraguay,
Bolivia y Chile \$ 75.-
Resto de América \$ 96.-
Resto del mundo \$ 114.-

Formas de pago:

• Cheque o giro postal a nombre de Latido S.A.
• Débito en mi tarjeta Visa ☐ Mastercard ☐

Nº
Vencimiento Cód. seg.

Documento:

Ciudad:

País:

Tel:

E-mail:

☐ Nº3 ☐ Nº4 ☐ Nº5 ☐ Nº6 ☐ Nº7 ☐ Nº8 ☐ Nº9
☐ Nº10 ☐ Nº11 ☐ Nº12 ☐ Nº13

Envía este cupón (o su fotocopia) por correo a Revista Latido - Medrano 1940 piso 7 (1425) Buenos Aires. Si pagás con tarjeta de crédito, también podés enviarlo por fax al tel: (011) 4824-8870.

Suscripciones del exterior: pago exclusivamente a través de tarjeta de crédito. Tasa de cambio aproximada al cierre de esta edición:

1 peso argentino = 1 dólar estadounidense.
Cualquier consulta es bienvenida en el (011) 4824-8870 o a través de latido@giga.com.ar



Sentí emoción y desesperación al leer la nota de Leopoldo Brizuela (número de junio) en la que se habla de Lumbí, una muchacha guineana que fue vendida como esclava en 1550. El autor dice: "Cada una de las piedras que piso están manchadas con la sangre de Lumbí, con el oro rojo del tráfico negrero". Me vi identificada porque en Salvador yo también pisaba las calles donde miles de esclavos sufrieron los mayores maltratos de la humanidad. Porque siempre sentí que pertenecía a una generación estúpida que se conformaba con todo lo que le decían, y hoy me aterra ver que casi todos somos "mudos espectadores" (no hay generación que se salve) ante esta globo-colonización que nos devora.

ALEJANDRA D'AGOSTINO

Buenos Aires

Brindis

Acabo de terminar la última nota del número de "Cumplir años". Tengo sólo 24 pero parezco una mariposa de un chiste de Daniel Paz que dice: "Qué horror... ya es mediodía y mi vida ha sido un fracaso". El placer de reconocerse en líneas de otros, las cosquillas al descubrir un enfoque distinto, por todo esto cada principio de mes me dedico a mirar quioscos para encontrar esos colores de Latido que me llaman. Hacía mucho, mucho, que no me pasaba, desde "Fierro". Brindo por la resurrección de esos sentimientos. Es tonto, pero me siento menos distinta en esta jungla (esquivando el "somos más"). Nada, no hay nada más que pueda decir con palabras. Esas sensaciones me llevan a desearles suerte.

VIRGINIA CROATTO

virgi@cvtci.com.ar

Progresos

Buenas. Tengo 21 años y me interesó el artículo sobre "Hacernos daño" (N° 12). Creo que el maltrato se practicó desde que el mundo es mundo. Si miramos hacia atrás, vemos lo mucho que hemos progresado. Por ejemplo, el voto universal, los adelantos medicinales, etc. De todas formas, hay otra mirada: a veces siento que nos estancamos más y más en el estupidismo generalizado en el que vivimos. Y esto es más amplio que el maltrato. Si tenemos, porque tenemos; si no tenemos, porque no tenemos. Pero cuando pienso que cada generación supera a la otra —en teoría, al menos— me consuelo pensando que los maltratos irán disminuyendo y que el estupidismo tarde o temprano aflojará.

SANTIAGO FERNÁNDEZ LARRÉ

fernandezlarre@yahoo.com

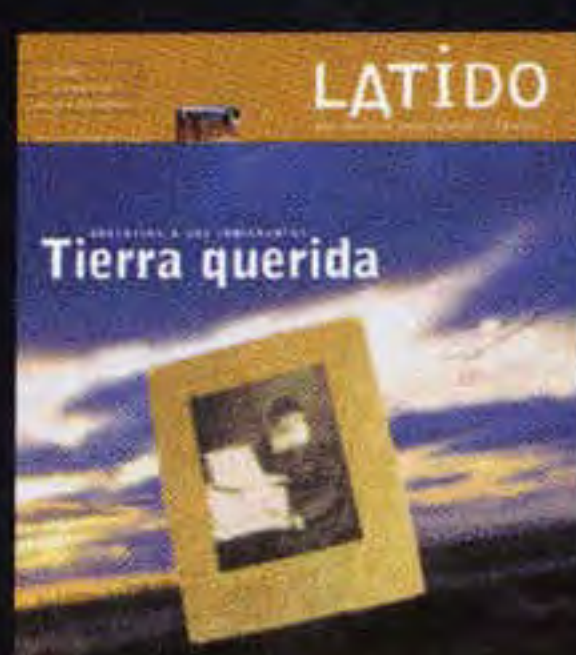
¿QUERÉS SALIR EN LATIDO?

Las fotos que publica Latido son realizadas en forma especial para cada nota. A menudo, convocamos a gente que le gusta estar frente a una cámara para ser modelos en nuestras producciones. Hoy lo hacemos a través de la revista: estudiantes de teatro, personas que sientan que esta es su asignatura pendiente o simplemente cualquiera que tenga ganas (no importan sexo, aspecto ni edad). Todos son bienvenidos a pasarnos sus datos a través del TEL. 4824-8870 o del correo electrónico latido@giga.com.ar

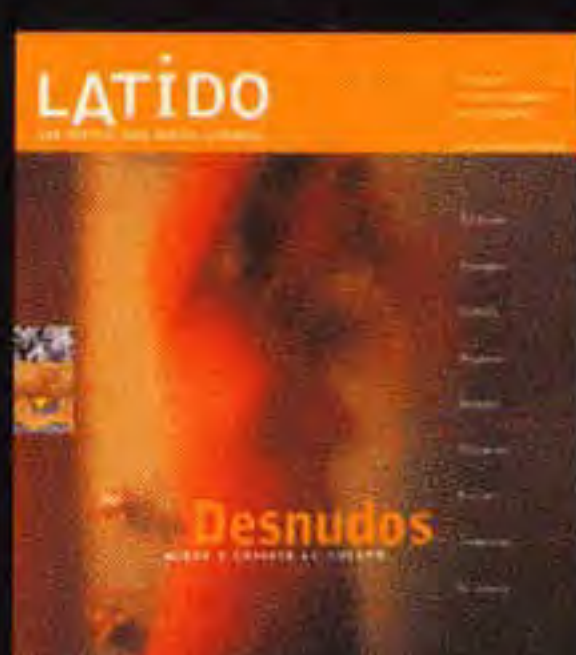
te regalamos dos números de los anteriores a elección.



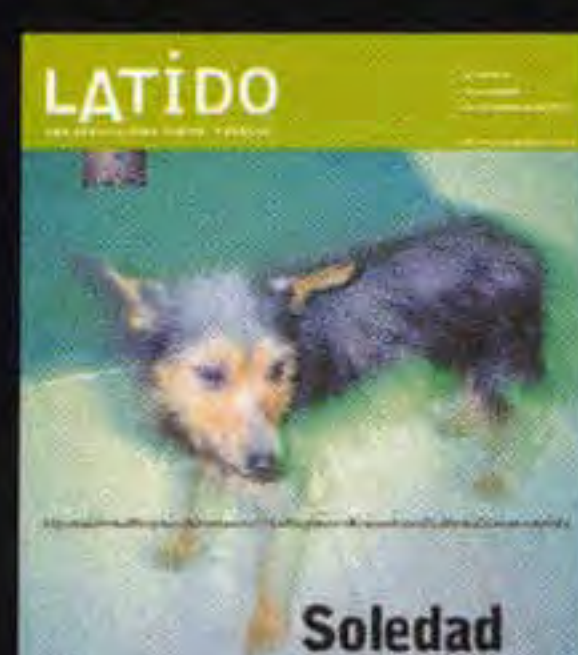
Números 1 y 2 agotados



N°3



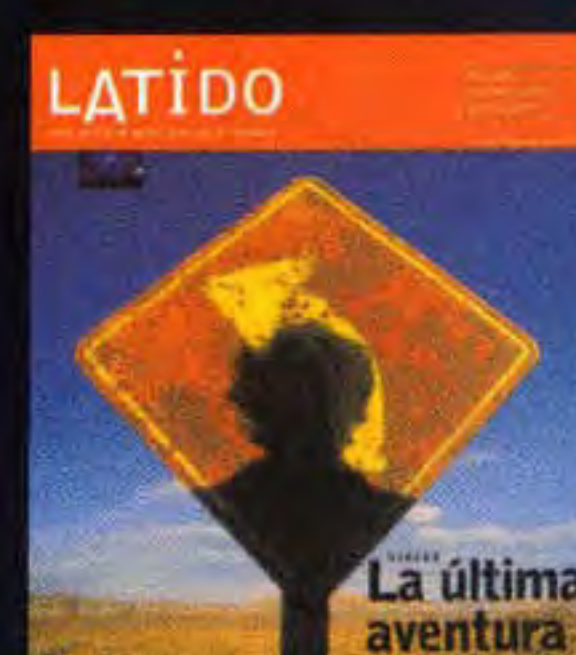
N°4



N°5



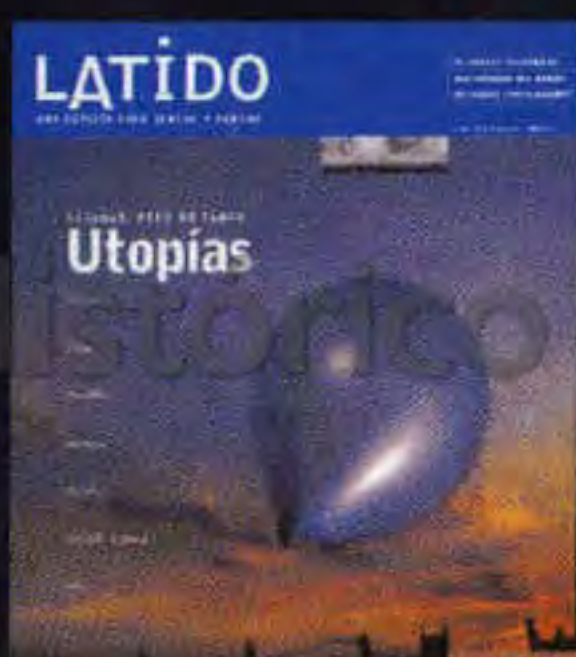
N°6



N°7



N°8



N°9



N°10



N°11

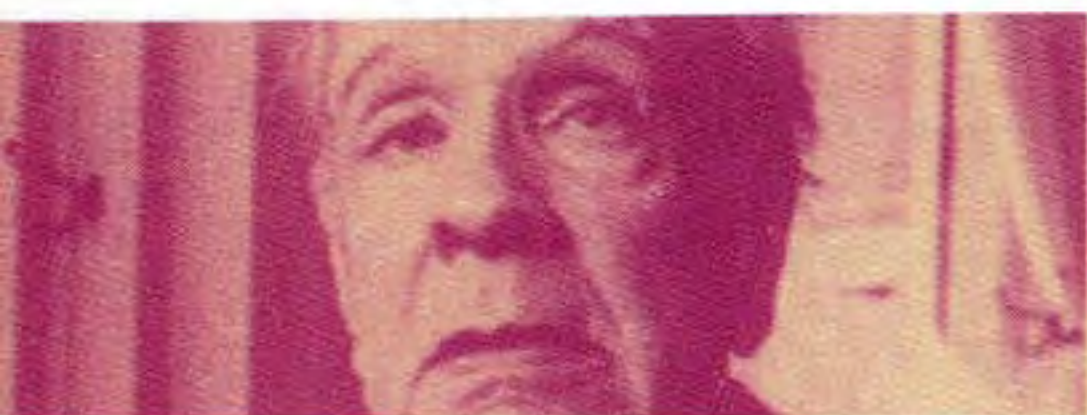


N°12



N°13

Archivo Histórico de las Argentinas | www.anira.com.ar



JORGE LUIS BORGES SI ACASO

EXISTIÓ UN DELIBERADO IMPOS-

TOR EN LA LITERATURA DEL SIGLO

XX, HA SIDO ESTE SENSIBLE Y

FABULOSO INVENTOR DE HISTO-

RIAS, BIOGRAFÍAS APÓCRIFAS,

ETERNAS REESCRITURAS Y TRA-

DUCCIONES TAN GENIALES COMO

ARBITRARIAS. BORGES (1899-

1986) SE HA REÍDO EN SU OBRA Y

SUS DICHOS DE LOS ESCRITORES

LITERALES, MEMORIOSOS,

EDUCADOS Y, SOBRE TODO,

INSUFRIBLEMENTE FIELES A "LA

VERDAD" DE LAS COSAS. PORQUE

PARA EL AUTOR DE "HISTORIA

UNIVERSAL DE LA INFAMIA",

OBRA A LA QUE PERTENECE ESTE

CUENTO, NADA IMPORTABA

TANTO COMO LA CERTEZA

EXCLUYENTE QUE EMANA DE

UN BUEN TEXTO, MÁS ALLÁ DE

CUÁLES SEAN SUS PUENTES CON

EL MUNDO LLAMADO REAL.

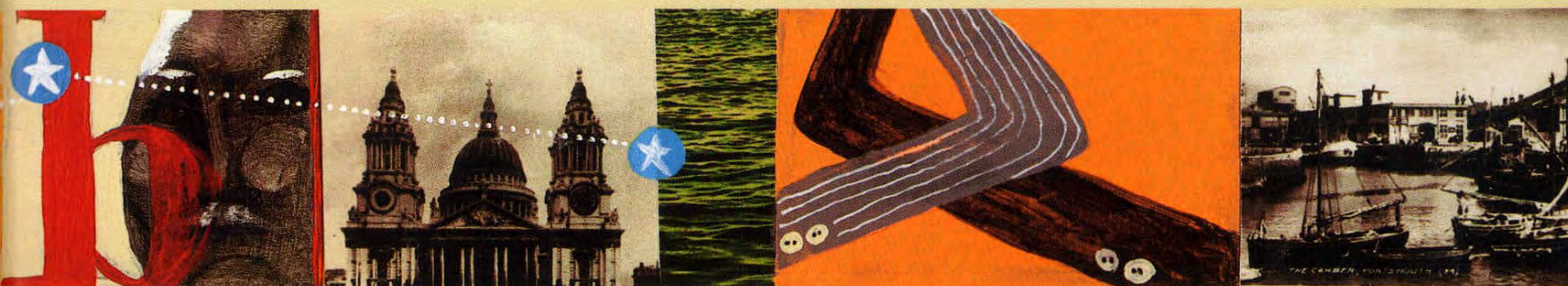
EL IMPOSTOR INVEROSÍMIL TOM CASTRO



ESE NOMBRE LE DOY PORQUE BAJO ESE NOMBRE lo conocieron por calles y por casas de Talcahuano, de Santiago de Chile y de Valparaíso, hacia 1850, y es justo que lo asuma otra vez, ahora que retorna a estas tierras —siquiera en calidad de mero fantasma y de pasatiempo del sábado.⁽¹⁾ El registro de nacimiento de Wapping lo llama Arthur Orton y lo inscribe en la fecha 7 de junio de 1834. Sabemos que era hijo de un carnicero, que su infancia conoció la miseria insípida de los barrios bajos de Londres y que sintió el llamado del mar. El hecho no es insólito. *Run away to sea*, huir al mar, es la rotura inglesa tradicional de la autoridad de los padres, la iniciación heroica. La geografía la recomienda y aun la Escritura (Salmos, CVII): *Los que bajan en barcas a la mar, los que comercian en las grandes aguas; éstos ven las obras de Dios y sus maravillas en el abismo*. Orton huyó de su deplorable suburbio color rosa tiznado y bajó en un barco a la mar y contempló con el habitual desengaño la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cruz del Sur, y desertó en el puerto de Valparaíso. Era persona de una sosegada idiotez. Lógicamente, hubiera podido (y debido) morirse de hambre, pero su confusa jovialidad, su permanente sonrisa y su mansedumbre infinita le conciliaron el favor de cierta familia de Castro, cuyo nombre adoptó. De ese episodio sudamericano no quedan huellas, pero su gratitud no decayó, puesto que en 1861 reaparece en Australia, siempre con ese nombre: Tom Castro. En Sydney conoció a un tal Bogle, un negro sirviente. Bogle, sin ser hermoso, tenía ese aire reposado y monumental, esa solidez como de obra de ingeniería que tiene el hombre negro entrado en años, en



carnes y en autoridad. Tenía una segunda condición, que determinados manuales de etnografía han negado a su raza: la ocurrencia genial. Ya veremos luego la prueba. Era un varón morigerado y decente, con los antiguos apetitos africanos muy corregidos por el uso y abuso del calvinismo. Fuera de las visitas del dios (que describiremos después) era absolutamente normal, sin otra irregularidad que un pudoroso y largo temor que lo demoraba en las bocacalles, recelando del Este, del Oeste, del Sur y del Norte, del violento vehículo que daría fin a sus días.

Orton lo vio un atardecer en una desmantelada esquina de Sydney, creándose decisión para sortear la imaginaria muerte. Al rato largo de mirarlo le ofreció el brazo y atravesaron asombrados los dos la calle inofensiva. Desde ese instante de un atardecer ya difunto, un protectorado se estableció: el del negro inseguro y monumental sobre el obeso tarambana de Wapping. En setiembre de 1865, ambos leyeron en un diario local un desolado aviso.

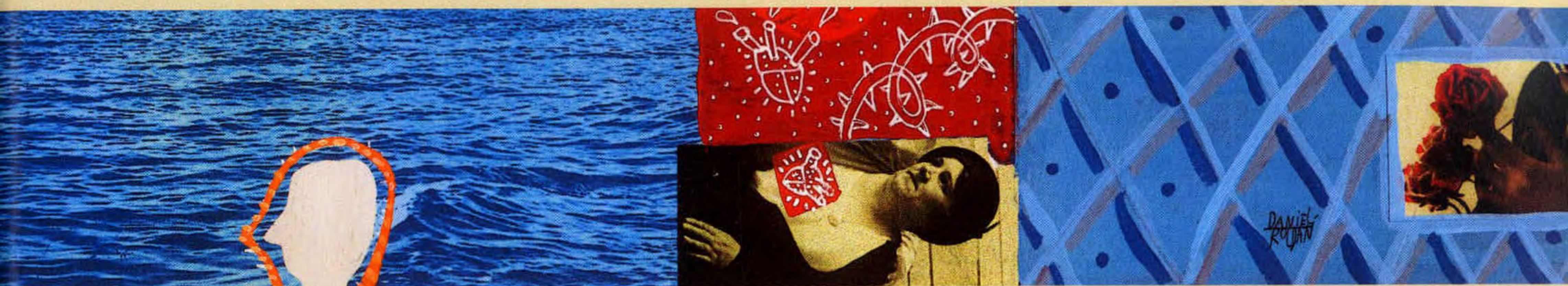
EL IDOLATRADO HOMBRE MUERTO. En las postrimerías de abril de 1854 (mientras Orton provocaba las efusiones de la hospitalidad chilena, amplia como sus patios) naufragó en aguas del Atlántico el vapor *Mermaid*, procedente de Río de Janeiro, con rumbo a Liverpool. Entre los que perecieron estaba Roger Charles Tichborne, militar inglés criado en Francia, mayorazgo de una de las principales familias católicas de Inglaterra. Parece inverosímil, pero la muerte de ese joven afrancesado, que hablaba inglés con el más fino acento de París y despertaba ese incomparable rencor que sólo causan la inteligencia, la gracia y



la pedantería francesas, fue un acontecimiento trascendental en el destino de Orton, que jamás lo había visto. Lady Tichborne, horrorizada madre de Roger, rehusó creer en su muerte y publicó desconsolados avisos en los periódicos de más amplia circulación. Uno de esos avisos cayó en las blandas manos funerarias del negro Bogle, que concibió un proyecto genial.

LAS VIRTUDES DE LA DISPARIDAD. Tichborne era un esbelto caballero de aire envainado, con los rasgos agudos, la tez morena, el pelo negro y lacio, los ojos vivos y la palabra de una precisión ya molesta; Orton era un palurdo desbordante, de vasto abdomen, rasgos de una infinita vaguedad, cutis que tiraba a pecoso, pelo ensortijado castaño, ojos dormilones y conversación ausente o borrosa. Bogle inventó que el deber de Orton era embarcarse en el primer vapor para Europa y satisfacer la esperanza de Lady Tichborne, declarando ser su hijo. El proyecto era de una insensata ingeniosidad. Busco un fácil ejemplo. Si un impostor en 1914 hubiera pretendido hacerse pasar

por el Emperador de Alemania, lo primero que habría falsificado serían los bigotes ascendentes, el brazo muerto, el entrecejo autoritario, la capa gris, el ilustre pecho condecorado y el alto yelmo. Bogle era más sutil: hubiera presentado un kaiser lampiño, ajeno de atributos militares y de águilas honrosas y con el brazo izquierdo en un estado de indudable salud. No precisamos la metáfora; nos consta que presentó un Tichborne fofo, con sonrisa amable de imbécil, pelo castaño y una inmejorable ignorancia del idioma francés. Bogle sabía que un facsímil perfecto del anhelado Roger Charles Tichborne era de imposible obtención. Sabía también que todas las similitudes



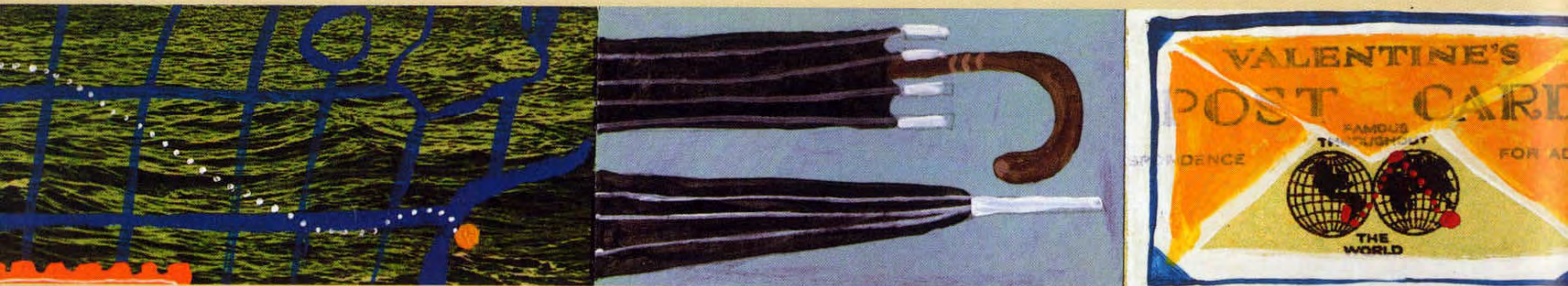
logradas no harían otra cosa que destacar ciertas diferencias inevitables. Renunció, pues, a todo parecido. Intuyó que la enorme ineptitud de la pretensión sería una convincente prueba de que no se trataba de un fraude, que nunca hubiera descubierto de ese modo flagrante los rasgos más sencillos de convicción. No hay que olvidar tampoco la colaboración todopoderosa del tiempo: catorce años de hemisferio austral y de azar pueden cambiar a un hombre.

Otra razón fundamental: Los repetidos e insensatos avisos de Lady Tichborne demostraban su plena seguridad de que Roger Charles no había muerto, su voluntad de reconocerlo.

EL ENCUENTRO. Tom Castro, siempre servicial, escribió a Lady Tichborne. Para fundar su identidad invocó la prueba fehaciente de dos lunares ubicados en la tetilla izquierda y de aquel episodio de su niñez, tan afligente pero por lo mismo tan memorable, en que lo acometió un enjambre de abejas. La comunicación era breve y a semejanza de Tom Castro y de Bogle,

prescindía de escrúpulos ortográficos. En la imponente soledad de un hotel de París, la dama la leyó y la releyó con lágrimas felices, y en pocos días encontró los recuerdos que le pedía su hijo.

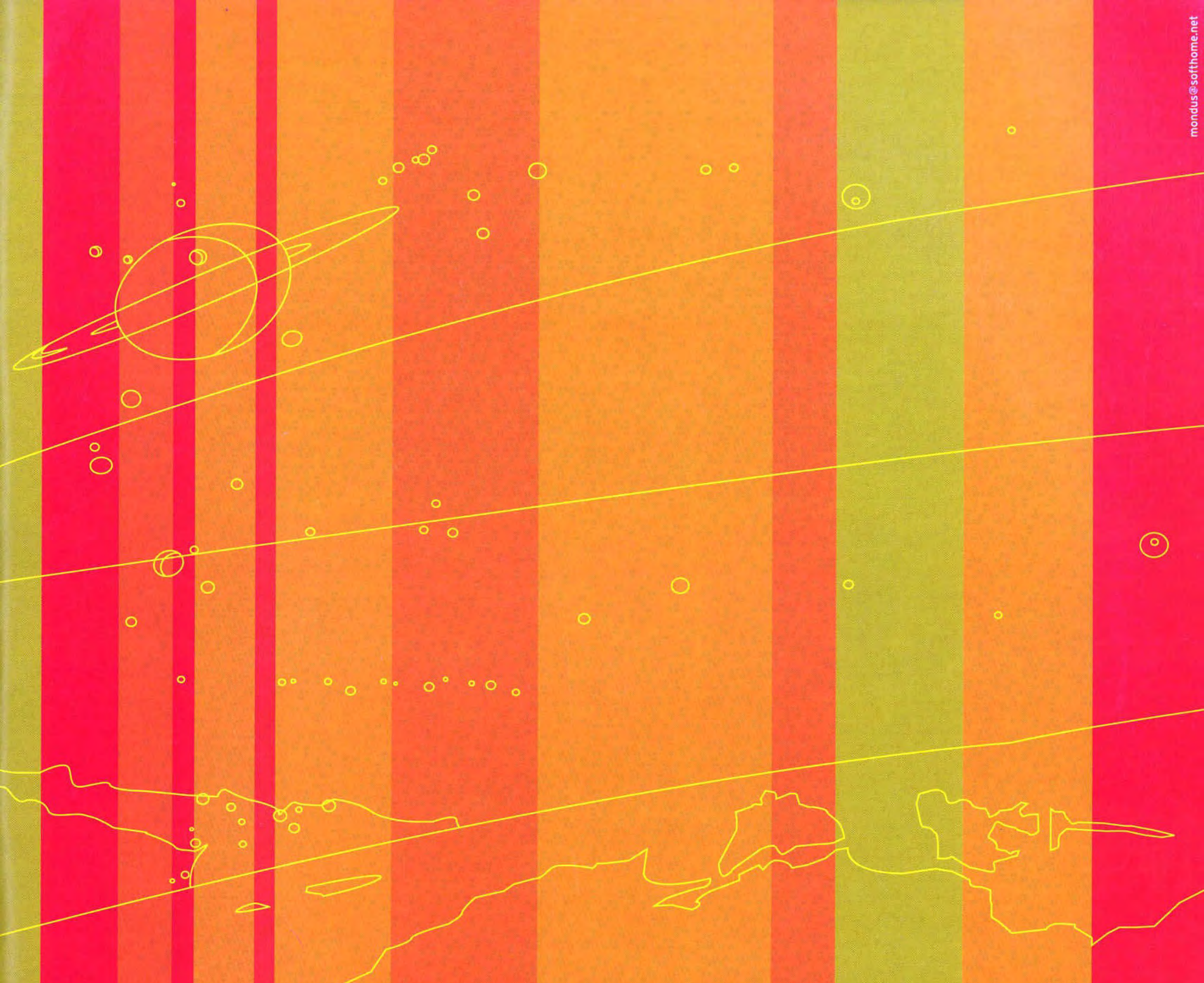
El dieciséis de enero de 1867, Roger Charles Tichborne se anunció en ese hotel. Lo precedió su respetuoso sirviente, Ebenezer Bogle. El día de invierno era de muchísimo sol; los ojos fatigados de Lady Tichborne estaban velados de llanto. El negro abrió de par en par las ventanas. La luz hizo de máscara: la madre reconoció al hijo pródigo y le franqueó su abrazo. Ahora que de veras lo tenía, podía prescindir del diario y



las cartas que él le mandó desde Brasil: meros reflejos adorados que habían alimentado su soledad de catorce años lóbregos. Se las devolvía con orgullo: ni una faltaba.

Bogle sonrió con toda discreción: ya tenía dónde documentarse el plácido fantasma de Roger Charles.

AD MAJOREM DEI GLORIAM. Ese reconocimiento dichoso —que parece cumplir una tradición de las tragedias clásicas— debió coronar esta historia, dejando tres felicidades aseguradas o a lo menos probables: la de la madre verdadera, la del hijo apócrifo y tolerante, la del conspirador recompensado por la apotheosis providencial de su industria. El Destino (tal es el nombre que aplicamos a la infinita operación incesante de millares de causas entreveradas) no lo resolvió así. Lady Tichborne murió en 1870 y los parientes entablaron querella contra Arthur Orton por usurpación de estado civil. Desprovistos de lágrimas y de soledad, pero no de codicia, jamás creyeron en el obeso y casi analfabeto hijo pródigo que resurgió tan intempestivamente



100.7^{FM}

FEELIN'

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

feelin@feelin.com.ar

de Australia. Orton contaba con el apoyo de los innumerables acreedores que habían determinado que él era Tichborne, para que pudiera pagarles.

Asimismo contaba con la amistad del abogado de la familia, Edward Hopkins y con la del anticuario Francis J. Baigent. Ello no bastaba, con todo. Bogle pensó que para ganar la partida era imprescindible el favor de una fuerte corriente popular. Requirió el sombrero de copa y el decente paraguas y fue a buscar inspiración por las decorosas calles de Londres. Era el atardecer; Bogle vagó hasta que una luna del color de la miel se duplicó en el agua rectangular de las fuentes públicas. El dios lo visitó. Bogle



chistó a un carruaje y se hizo conducir al departamento del anticuario Baigent. Este mandó una larga carta al *Times*, que aseguraba que el supuesto Tichborne era un descarado impostor. La firmaba el padre Goudron, de la Sociedad de Jesús. Otras denuncias igualmente papistas la sucedieron. Su efecto fue inmediato: las buenas gentes no dejaron de adivinar que Sir Roger Charles era blanco de un complot abominable de los jesuitas.

EL CARRUAJE. Ciento noventa días duró el proceso. Alrededor de cien testigos prestaron fe de que el acusado era Tichborne —entre ellos, cuatro compañeros de armas del regimiento seis de dragones. Sus partidarios no cesaban de repetir que no era un impostor, ya que de haberlo sido hubiera procurado remedar los retratos juveniles de su modelo. Además, Lady Tichborne lo había reconocido y es evidente que una madre no se equivoca. Todo iba bien, o más o menos bien, hasta que una antigua querida de Orton compareció ante el tribunal para declarar. Bogle no se inmutó con esa páfida maniobra de los “parientes”; re-

quirió galera y paraguas y fue a implorar una tercera iluminación por las decorosas calles de Londres. No sabremos nunca si la encontró. Poco antes de llegar a Primrose Hill, lo alcanzó el terrible vehículo que desde el fondo de los años lo perseguía. Bogle lo vio venir, lanzó un grito, pero no atinó con la salvación. Fue proyectado con violencia contra las piedras. Los mreadores cascos del jamelgo le partieron el cráneo.

EL ESPECTRO. Tom Castro era el fantasma de Tichborne, pero un pobre fantasma habitado por el genio de Bogle. Cuando le dijeron que éste había muerto, se aniquiló. Siguió min-



tiendo, pero con escaso entusiasmo y con disparatadas contradicciones. Era fácil prever el fin.

El 27 de febrero de 1874, Arthur Orton (alias) Tom Castro fue condenado a catorce años de trabajos forzados. En la cárcel se hizo querer; era su oficio. Su comportamiento ejemplar le valió una rebaja de cuatro años. Cuando esa hospitalidad final lo dejó —la de la prisión— recorrió las aldeas y los centros del Reino Unido, pronunciando pequeñas conferencias en las que declaraba su inocencia o afirmaba su culpa. Su modestia y su anhelo de agradar eran tan duraderos que muchas noches comenzó por defensa y acabó por confesión, siempre al servicio de las inclinaciones del público.

El 2 de abril de 1898 murió.

(1) Esta metáfora me sirve para recordar al lector que estas biografías infames aparecieron en el suplemento sabático de un diario de la tarde.

"El impostor inverosímil Tom Castro", de Historia Universal de la Infamia (1954), en Obras Completas.
(c) Emecé Editores S.A., 1974 y (c) María Kodama y Emecé Editores S.A., 1989.

*Una mujer que dejó a un
tipo para acostarse con
vos te hará lo mismo tarde
o temprano.*

*Durante el celo, la hembra
chimpancé copula con
todos los machos de
las cercanías.*

*Este regalo es de un
especialista en mujeres para
una especialista en mujeres
—le dijo un periodista a su
esposa ginecóloga.*

Infidelidad

La infidelidad es el tema de Latido para setiembre. Vamos a espiar los

LATIDO

hablaremos sobre las extrañas maneras en que las relaciones

pactos tácitos que establece cada pareja a la hora de ver y aceptar el fantasma de un tercero, y nos detendremos en el engaño visto desde las culturas masculina y femenina. También habrá lugar para confesar cómo en esta época el “no animarse a” suele parecer tan grave como el “animarse a” de otros tiempos. Y

triangulares —y aun algunas con más participantes— han sido vistas en distintas etapas claves de la Historia. Como todos los meses, nuestras pequeñas digresiones culturales, el carrusel del consumo y un cuento. Acordate: Latido de setiembre, un número que se puede leer de a tres.

CARTELERA CANAL (á)

TODA LA ACTUALIDAD. TODOS LOS ESPECTÁCULOS.

A G O S T O

PLATEA ABIERTA



Lunes a las 21 hs.



Las Alegres Mujeres de Shakespeare

Lunes 14: Las Alegres Mujeres de Shakespeare. (Primera parte)

Una comedia que Shakespeare imaginó hace cuatrocientos años y que está habitada por personajes tan hábiles en los engaños como los de nuestros días. Con la actuación de Raúl Taibo, Elizabeth Killian, Silvia Kutica, Jorge D'Elía, Rodolfo Machado y Juan Manuel Tenuta. Versión y dirección: Claudio Hochman.

Lunes 21: Las Alegres Mujeres de Shakespeare. (Segunda parte)

LA OTRA TIERRA



Martes a las 22.30 hs.



Canela

Un programa sobre la inmigración en la Argentina y su aporte a nuestra cultura, producido por Clara Zappettini y conducido por Canela.

Martes 1: Irlandeses

Un programa dedicado a este pueblo de origen celta, que cuenta con el testimonio de la actriz Nora Zinski.

Martes 8: Judíos III

Tercer capítulo dedicado a los inmigrantes judíos. Con Marcos Aguinis como invitado.

Martes 15: Españoles III

Eladia Blázquez recrea en este capítulo la historia de los inmigrantes andaluces.

Martes 22: Alemanes II

En este capítulo, los alemanes del Volga, a través del testimonio del cantante Sergio Denis.

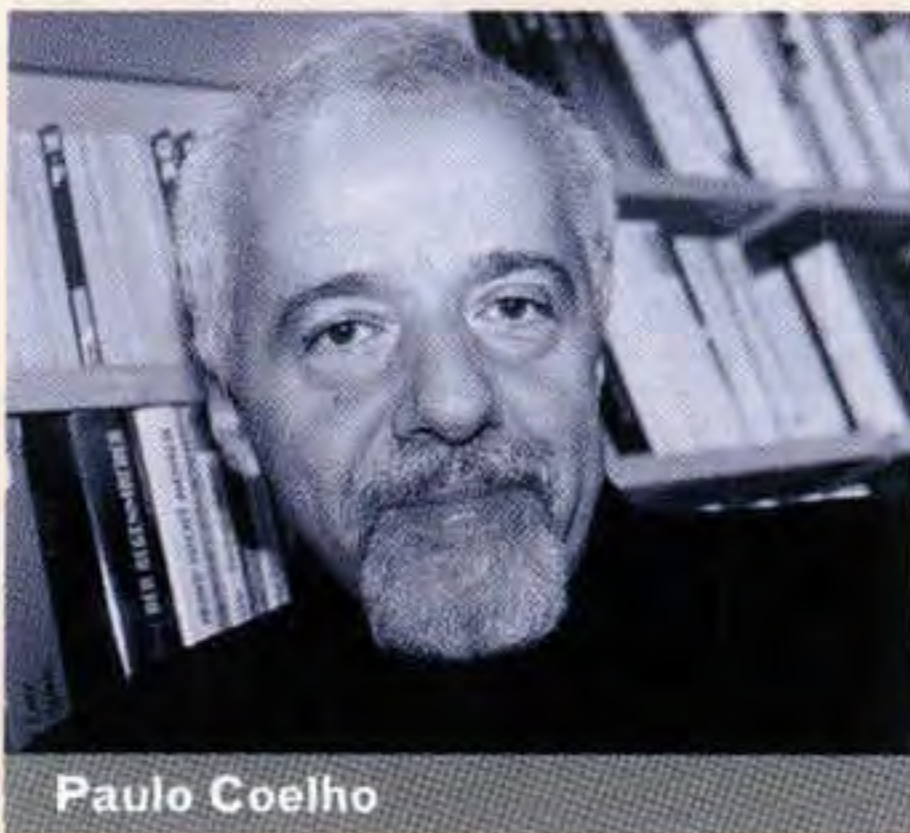
Martes 29: Rumanos

Unos huyeron del comunismo, otros del anticomunismo. Su espíritu libertario los llevaba a no soportar fundamentalismos de ninguna especie. Con el testimonio de la escritora Alina Diaconu.

PERFILES II



Miércoles a las 24 hs.



Paulo Coelho

Una serie de entrevistas a las más destacadas personalidades de Latinoamérica, tanto del mundo de la cultura, como del espectáculo y el arte.

Miércoles 2: Paulo Coelho. (Segunda parte)

Miércoles 9: Oscar Niemeyer

Miércoles 16: Juan Luis Guerra

Miércoles 23: Ricardo Montaner

Miércoles 30: Milton Nascimento

CIUDAD NATAL



Jueves a las 18.30 hs.

La historia de grandes personalidades de la cultura universal, a partir de su ciudad de origen.

Jueves 3: Tom Jobim (1927-1994)

Jueves 10: Max Ernst (1891-1976)

Jueves 17: Gustav Klimt (1862-1918)

Jueves 24: Fritz Lang (1890-1976)

Jueves 31: Egon Schiele (1890-1918)

MINISERIES



Viernes a las 18.30 hs.

George Orwell (1903-1950)

Una serie semi-documental de cinco capítulos sobre el escritor George Orwell y la escritura de sus novelas más importantes: "Días en Birmania", "Homenaje a Cataluña", "1984" y "Rebelión en la granja", entre otras. Este ciclo, el primer

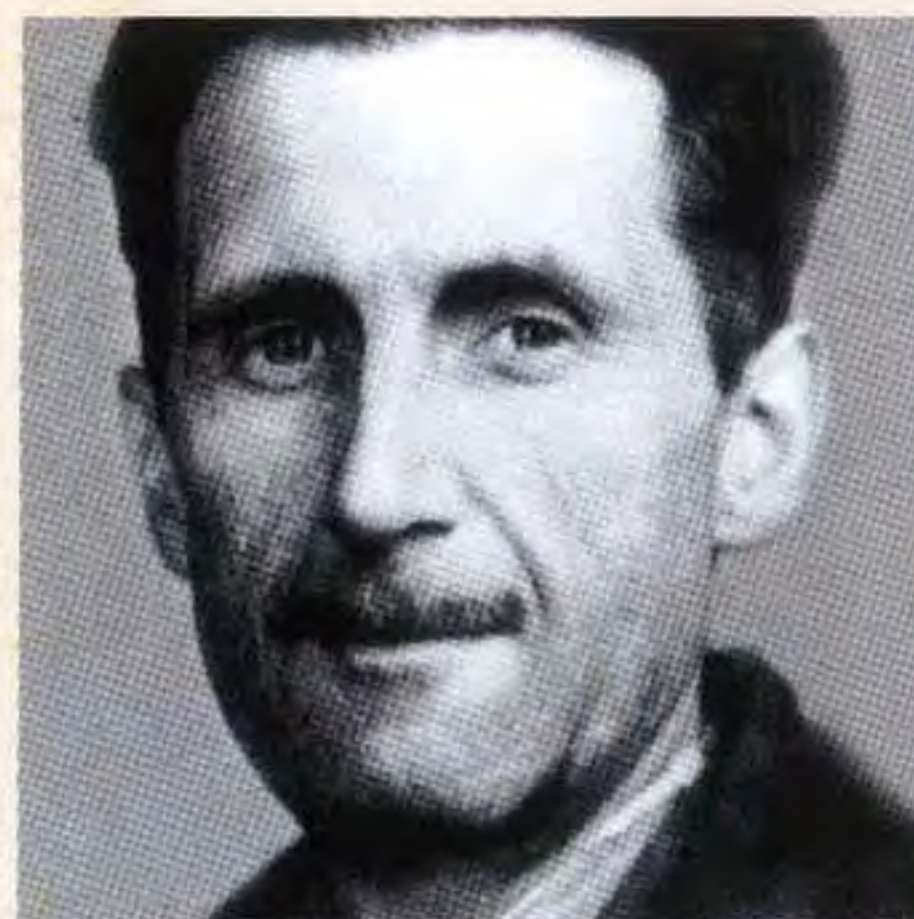
retrato de Orwell realizado para televisión, cuenta con material de archivo inédito y fue grabado en España, París e Inglaterra.

Viernes 4: George Orwell. (Primera parte)

Viernes 11: George Orwell. (Segunda parte)

Viernes 18: George Orwell. (Tercera parte)

Viernes 25: George Orwell. (Cuarta parte)



George Orwell

CANAL (á) PRESENTA



Domingos a las 22 hs.

Domingo 6: Festival Buen Día 2000

Un programa especial con lo mejor de la segunda edición del Festival Buen Día, donde se presentaron bandas de rock, DJs, desfiles de moda, exposiciones de indumentaria, gastronomía, juguetes y objetos de diseño.

Domingo 13 y 27: Willy Crook

El último recital de Willy Crook & Funky Torinos, en el que presentó sus nuevos discos "Versiones" y "Crúk electrónico" y que contó con la presencia de importantes artistas invitados.

Domingo 20: Madredeus

El grupo portugués Madredeus, en su única presentación realizada en Buenos Aires, con sus composiciones basadas en la tradición portuguesa y en una sutil mezcla lírica de fado y música de cámara europea.



Willy Crook

steinbranding®

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

24 HORAS DE ARTE Y ESPECTÁCULOS

Bonpland 1745 · C1414 CMU Bs. As. Argentina · Tel.: (54-11) 4778-6666 int.:4155 Fax: (54-11) 4778-6555 · E-mail: canala@pramer.com.ar



CANAL (á)



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

RED PASSION.